

ANTONIO DIAZ
VILLAMIL

ANTONIO
DIAZ
VILLAMIL

1978

GUALAYCHOS

GUALAYCHOS



LIBRERIA EDITORIAL "JUVENTUD"

1978

GUALAYCHOS

ANTONIO DIAZ VILLAMIL

GUALAYCHOS



LIBRERIA EDITORIAL "JUVENTUD"

LA PAZ — BOLIVIA

Es propiedad del Editor.

Quedan reservados todos los

Derechos de acuerdo a Ley.

EMPRESA EDITORA "URQUIZO S. A." — LA PAZ

Printed in Bolivia — Impreso en Bolivia

PERSONAJES

La Guayruru (16 años, muchacha provinciana).

El Achachi (18 años, suplementero).

El Chchapi (15 años, suplementero).

El Curcuncho (20 años, rengo y un tanto jorobado).

El Khacha Mocito (19 años, afanoso por vestir elegante).

El Chichilo (17 años, suplementero).

El Chchocolulo (16 años, suplementero).

El Mallo (15 años, suplementero).

El Jilucho (15 años, suplementero).

Comisario (45 años).

Sargento (Edad indefinida).

Vigilante 1º (Edad indefinida).

Vigilante 2º (Edad indefinida).

Ciudadano 1º (Edad indefinida).

Ciudadano 2º (Edad indefinida).

Orquesta de suplementeros con armónicas, muchachas amiguitas de los suplementeros, lustrabotas y suplementeros en número suficiente para llenar las indicaciones hechas en el libreto.

Todos los personajes que representan el papel de suplementeros o lustrabotas deben vestir y actuar imitando a dichos tipos populares de nuestra ciudad. Las muchachas deben imitar a nuestras típicas birlochitas, gentes que por su vida y su ambiente están al nivel de los "gualaychos". La Guayruru debe vestir en el 1º y 2º actos una pobre faldita negra, blusa roja y manta o chal negro.

Derecha e izquierda, las del actor.

La acción en la ciudad de La Paz, en época presente o ligeramente pasada.

ACTO PRIMERO

La escena representa una comisaría seccional de Policía, correspondiente a una de las zonas más populosas y alejadas del centro de la ciudad. Al foro, una puerta practicable, abierta de par en par, que deja ver una oscura y solitaria calleja de arrabal. A la izquierda, el arco de un pasadizo estrecho que se supone comunica a un compartimiento interior donde está el calabozo en el que son reclusos los arrestados. Hacia el lado derecho, muro sin puertas ni ventanas delante del cual se halla un escritorio desvencijado y una silla vieja; clavada en la pared una percha en la que cuelgan el abrigo, el sombrero y la chalina del comisario; delante del escritorio una baranda de madera con su respectiva puerta divide ese lado derecho del resto del escenario. Sobre la puerta del foro un letrero que reza: "Policía Seccional N° 17". En un rincón, un viejo mueble portafusiles en el que se hallan dos carabinas. En otro sitio de la pared, un garrote de nervio pendiente de un clavo. Se puede completar el menaje con todo lo que pueda dar mejor idea de una oficina policial su-

cía, pobre y desmantelada. La escena se alumbra con una sola lamparilla eléctrica llena de residuos de mosquitos y de hollín.

Son las nueve de la noche.

Al levantarse el telón está en escena el comisario.

ESCENA I

COMISARIO Y SARGENTO

COMISARIO.— (Sentado ante el escritorio, revisa libros y papeles, consulta su reloj, cierra con llave el cajón del escritorio, se levanta frotándose las manos y llama en alta voz). ¡Sargento! ¡Sargento!

SARGENTO.— (Aparece apresuradamente por el pasadizo de la izquierda, refregándose los ojos con las manos, como quien acaba de despabillarse del sueño; dá unos pasos más hacia el centro y se cuadra forzada y ridículamente ante el Comisario). ¡Firme, mi Jefe!

COMISARIO.— ¿Ya ha pasado lista a los arrestados?

SARGENTO.— Sí, mi Jefe.

COMISARIO.— ¿No falta ninguno?

SARGENTO.— Ninguno, mi Jefe.

COMISARIO.— ¿Cuántos son los arrestados?

SARGENTO.— Ninguno, mi Jefe.

COMISARIO.— ¿Cómo! Entonces ¿por qué dice que no falta ninguno?

SARGENTO.— Claro, pues, mi Jefe. Si no hay ningún arrestado, tampoco falta ninguno.

COMISARIO.— (Con fastidio). ¡Sargento, está usted hecho un bruto!

SARGENTO.— ¡Es su orden, mi Jefe! Pero, como usted los ha largado esta tarde a todos... (con malicia). ¡Después de haberles cobrado la multa!..

COMISARIO.— Ah, sí. (Transición tolerante). Está bien. Ahora, voy a salir un rato. Tengo un compromiso. Es el bautizo de la guagua de una amiga y tengo que ir no más para no resentirla.

SARGENTO.— ¿Ya sabrá resentirse esa guagüita, mi Jefe?

COMISARIO.— ¡Animal! La que puede resentirse es la madre. ¿Me entiende?

SARGENTO.— Sí, mi Jefe.

COMISARIO.— Bueno. Voy a regresar en cuanto pueda y...

SARGENTO.— ¡Con permiso, mi Jefe!

COMISARIO.— ¿Qué?

SARGENTO.— Un consejo, mi jefe.

COMISARIO.— ¿Cuál es?

SARGENTO.— Si la madre de la guagua es "re-cia", te aconsejo que, mejor, no regreses, mi jefe.

COMISARIO.— Cállese, sargento, y escúcheme bien.

SARGENTO.— (Cuadrándose forzosamente). Te escucho, mi Jefe.

COMISARIO.— Mientras yo esté afuera, usted, sargento, se ha de quedar a cargo de la Comisaría.

SARGENTO.— (Con indisimulable alegría). ¿En su lugar, mi Jefe?

COMISARIO.— Sí.

SARGENTO.— ¿Y, puedo cobrar multas, mi Jefe?

COMISARIO.— Claro. Si hay necesidad.

SARGENTO.— ¿Cómo, pues, no va a haber necesidad, mi Jefe!

COMISARIO.— Y, cuidado con dormirse.

SARGENTO.— Pierda cuidado, mi Jefe.

COMISARIO.— Y, si me busca alguien le dice usted que he salido en comisión urgente.

SARGENTO.— Es su orden, mi Jefe. ¿Y, si traen algún "infrascrito", mi jefe?

COMISARIO.— ¡Caramba! Ya le he dicho cien veces que no se dice infrascrito sino infractor.

SARGENTO.— Sí, mi Jefe. Infractor.

COMISARIO.— (Descuelga de la percha que se ha indicado su abrigo y se lo pone, luego la chalina y el sombrero). Bueno. Así que, mucho cuidado con la Comisaría.

SARGENTO.— No hay cuidado, mi Jefe.

COMISARIO.— Hasta luego, sargento.

SARGENTO.— Hasta luego, mi Jefe. Que le vaya bien. Saludos.

COMISARIO.— (Con mal talante). ¡Saludos!... ¿A quién?

SARGENTO.— (Aparentando inocencia). A la guagüita, pues, mi Jefe. (Sale Comisario por el foro.)

ESCENA II

SARGENTO. luego **VIGILANTE 1º**, **CIUDADANO 1º** y **CIUDADANO 2º**.

SARGENTO.— (Al quedarse solo afecta cómicamente una actitud gallarda y autoritaria; se pasea erguido y solemne por la oficina; se frota las manos, se arregla el uniforme y después de varios paseos acaba por sentarse solemnemente en el escritorio). Ahora, soy, pues, la "autoridad" (tose dándose importancia, luego con una transición a su gesto natural). ¡Ah, caramba! Ahora que me acuerdo... (se tienta el bolsillo y extrae una botella vacía). La au-

toridad no tiene un trago. (Se guarda la botella). ¡Y el frío está macanudo! (se levanta y vuelve a pasear.) Bueno. Al primer infrascrito que caiga le hago vomitar una multa para trago. (Sigue caminando y de pronto se detiene a la puerta del foro y mira hacia el fondo izquierda). Ah. Creo que un vigilante está trayendo dos infrascritos. (Se frota las manos con alegría). Ya tenemos el trago a la vista. (Se va a sentar prosopóicamente al escritorio).

VIGILANTE 1º.— (Desde medio mutis del foro). ¡Pasen de una vez!

CIUDADANO 1º.— (Apareciendo junto al vigilante). ¡Pero, mi Cabo, si no he hecho nada!

VIGILANTE 1º.— (Dándole un empujón hasta obligarlo a entrar). ¡Pase le he dicho! Ahora vas a arreglar con el señor Comisario. (Dando otro empujón a Ciudadano 2º que aparece). ¡Y vos también!

CIUDADANO 2º.— Pero, Cabo. Si no ha pasado nada.

VIGILANTE 1º.— Ahora, pues, va ha pasar aquí algo. (Cuando los dos ciudadanos han llegado al centro de la escena, avanza con aire marcial y se cuadra ante el sargento). ¡Con permiso, mi Jefe!

SARGENTO.— (Incorporándose, solemne y grave). ¡Qué hay, vigilante?

VIGILANTE 1º.— He conducido a estos dos escandalosos, mi Jefe.

SARGENTO.— ¡Muy bien hecho, vigilante!

CIUDADANO 1º.— ¡Cómo, bien hecho? Es un abuso, señor Comisario.

SARGENTO.— ¡Silencio!

CIUDADANO 2º.— Pero, tenemos que hablar...

SARGENTO.— ¡Silencio he dicho! Primero tengo que recibir el "parte".

VIGILANTE 1º.— (Cuadrándose). ¡Con permiso, mi Jefe! Voy a dar el parte.

SARGENTO.— A ver.

VIGILANTE 1º.— Estaba yo de "facción" en la esquina del "Infierno" que le dicen, cuando en eso no más estos dos individuos...

CIUDADANO 1º.— (Interrumpe indignado). ¡Qué es eso de individuos! Somos dos ciudadanos honrados y bien conocidos. Somos...

SARGENTO.— ¡Silencio! No interrumpa el parte. (Al vigilante). Siga vigilante.

VIGILANTE 1º.— Sí, mi Jefe. En eso no más, estos dos individuos se han puesto a golpear la puerta de la "Muru Bandola".

CIUDADANO 2º.— Es nuestra amiga particular, señor Comisario. Y queríamos visitarla. Creo que en eso no hay delito, porque...

SARGENTO.— (Indignado). ¡Cállese le he dicho! (reprensivo) ¡Con que, ustedes, yendo en altas horas de la noche a molestar a mi comadre! ¡Ya vamos a ver ese desacato! Siga, vigilante.

VIGILANTE 1º.— Entonces, mi Jefe, yo les he dicho con toda educación que se retiren. Entonces, ellos, en lugar de hacer caso a la autoridad, se han puesto a patear la puerta hechos unos energúmenos. Entonces, yo les he amenazado con detenerlos. Entonces, ellos, con faltamiento a la autoridad, me han dicho, dispensando la mala palabra, que yo era un "jachu desgraciado", que debía más bien estar persiguiendo a los ladrones en lugar de entrometerme en las cosas de los ciudadanos honrados.

SARGENTO.— (Con forzada severidad). ¡Eso se llama faltamiento a la autoridad!

CIUDADANO 2º.— Nó, señor Comisario. Le hemos dicho solamente que estábamos visitando a una amiga para tomar unos tragos que nos había invitado en la tarde.

SARGENTO.— ¡Ajá! ¡Visitando a esa hora a la "Muru Bandola"! ¿Y, con qué derecho? ¿No saben que es mi amiga?

CIUDADANO 2º.— Pero, si es amiga de todos, señor Comisario.

SARGENTO.— ¡Silencio! Siga el parte.

VIGILANTE 1º.— Entonces, me han dicho que no me tenían miedo ni tampoco al Comisario.

SARGENTO.— ¡Ajá! ¡Ahora vamos a ver eso!

CIUDADANO 2º.— No. Eso es falso. Le hemos dicho que vamos a venir con mucho gusto a explicarle al señor Comisario el abuso que se estaba ha-

ciendo con nosotros. Porque estábamos seguros que el señor Comisario era más racional que el vigilante.

SARGENTO.— Ah ¿sí? ¡Ahora van a ver ustedes cómo es el Comisario! (Al vigilante). A ver. ¡Páselos a la reja!

CIUDADANO 2º.— ¿Pero, por qué, señor Comisario? Si no hemos hecho nada.

VIGILANTE 1º.— ¿Y lo que has pateado la puerta de la amiga del Comisario? ¿Y, lo que me has dicho "jachu desgraciado"? ¿Y, lo que...?

CIUDADANO 2º.— Si mas bien, él nos ha empezado a jalonear del cuello, como a dos rateros.

SARGENTO.— Bueno. Si no quieren pasar a la reja, tienen que pagar multa.

CIUDADANO 1º.— ¿Cuánto de multa?

SARGENTO.— (Haciendo como que consulta un reglamento, lee). Según el Reglamento... A cincuenta pesos por nuca. ¡Ya! ¡Aflojen o van al calabozo!

CIUDADANO 2º.— ¡Cincuenta pesos! Es mucho, señor Comisario. Rebájenos, pues.

SARGENTO.— Entonces, a la reja.

CIUDADANO 1º.— (Teniéndose los bolsillos). Yo no tengo ni la mitad. (Al ciudadano 2º) ¿Vos tienes?

CIUDADANO 2º.— Yo apenas tengo unos diez pesos.

SARGENTO.— ¿Entonces no tienen para pagar la multa?

CIUDADANO 1º.— Nó, señor Comisario.

SARGENTO.— (Indignado) ¿Y, si no tenían plata, cómo estaban queriendo ir a farrear donde la Muru Bandola?

CIUDADANO 2º.— Es que allí farreamos al fiado.

SARGENTO.— ¡Ajá! ¡Muy bien! Ahora han de entrar al calabozo a dormir también al fiado. (A vigilante). ¡Páselos a la reja!

VIGILANTE 1º.— Es su orden, mi Jefe. (Empuja a los detenidos). Pasen adentro.

CIUDADANO 1º.— (Desasiéndose desesperadamente del vigilante y extrayendo dinero del bolsillo). Mire, señor Comisario. Le daré todo lo que tengo. Aquí está. (Cuenta). Son veinticinco bolivianos.

CIUDADANO 2º.— Y yo tengo estos diez pesos. (Saca el dinero).

SARGENTO.— (Con interés disimulado). ¿No tienen más? A ver, búsquense.

(Ciudadano 1º y 2º se tientan todos los bolsillos y logran hallar algunos billetes sucios y varias monedas que ponen sobre el escritorio).

CIUDADANO 1º.— Es todo lo que tenemos, señor Comisario.

SARGENTO.— (Reune con empeño el dinero y

lo cuenta avaramente). Pero, ésto es poco. Son tres faltas las que han cometido: desacato doble a la autoridad e intento de violación de domicilio con agravante de escándalo. Y, esta plata es muy poco para eso.

CIUDADANO 1º.— (Con taimada candidez). Si usted quiere, señor Comisario, podemos firmarle un vale por lo que falta y se lo traemos mañana temprano.

SARGENTO.— ¡Aquí no se aceptan vales! Bueno. Por esta única vez, y en vista de la crisis y de la falta de divisas, dejen ésto (por el dinero) y mándense cambiar, sin revolver la cabeza.

CIUDADANO 1º.— (Alegre). ¿Nos vamos, señor Comisario?

SARGENTO.— Sí. Váyanse. Pero, cuidado con que otra vez vengan sin plata.

CIUDADANO 2º.— Gracias, señor Comisario. (Sale).

CIUDADANO 1º.— Buenas noches. (Sale apresurado por el foro).

ESCENA III

SARGENTO y VIGILANTE 1º

SARGENTO.— (A vigilante). Y, usted, retírese. Ha cumplido con su deber.

VIGILANTE 1º.— (Se cuadra). Es su orden, mi Jefe. (Hace giro de media vuelta y se dirige, después de saludar militarmente, hacia puerta del foro).

SARGENTO.— Un momento, vigilante.

VIGILANTE 1º.— (Vuelve a cuadrarse dando frente al Sargento). Ordene, mi Jefe.

SARGENTO.— Bueno. Como no está el Comisario y yo lo estoy supliendo, este "trabajito" es de nosotros dos.

VIGILANTE 1º.— Yo he estado creyendo que te habían ascendido, mi Sargento.

SARGENTO.— Todavía nó. Le estoy reemplazando no más. Pero tengo que canchearme. Por eso le decía que este "trabajito" es de nosotros dos. Así que llévase estos cuatro pesos para sus cigarrillos. (Le dá el dinero).

VIGILANTE 1º.— (Recibe). Es su orden, mi Jefe. Me voy a retirar, mi Jefe, con los debidos agradecimientos. (Se cuadra).

SARGENTO.— Sí. Y no diga nada de ésto a nadie.

VIGILANTE 1º.— Sí, mi Jefe. Con permiso. (Sale).

SARGENTO.— (Toma el dinero del escritorio, lo vuelve a contar y se lo guarda en el bolsillo). Bueno. Ya cayó para una "media tira". (Sale a la puerta apurado y llama al vigilante). ¡Vigilante! ¡Vigilante!

VIGILANTE 1º.— (Volviendo a entrar y cuadrándose). Ordene, mi Jefe.

SARGENTO.— Quédese un momento cuidando la Comisaría. Voy a ir un ratito a la esquina. Si viene alguien que me espere. (Sale sacando la botella del bolsillo).

VIGILANTE 1º.— Es su orden, mi Jefe. (Se queda paseando y se sienta luego en una de las sillas que están a la izquierda, contempla el escritorio, y como si sintiera la aspiración de ocupar el sitio del Jefe, se sienta en la silla del escritorio dándose importancia; saca un cigarrillo y lo enciende y exhala el humo con gesto de orgullo por el lugar que ocupa). ¡Esto sí que es recio! Y no estar ahí afuera toda la noche, cabeceando de sueño y muerto de frío...

ESCENA IV

VIGILANTE 1º, y luego VIGILANTE 2º, que conduce a la GUAYRURU, al CHCHAPI y al ACHACHI.

VIGILANTE 2º.— (Aparece por el foro, haciendo medio mutis y dirigiéndose a los tres mozos que vienen con él). Pasen aquí. (Luego avanza hasta el centro de la escena y se cuadra ante el que ocupa el escritorio, aún sin darse cuenta quien es el que lo ocupa). ¡Con permiso, mi Jefe!

VIGILANTE 1º.— (Con afectada autoridad y sonriendo burlescamente). ¿Qué dice, vigilante?

VIGILANTE 2º.— He conducido a estos tres "gualaychos" que habían estado... (se dá cuenta y reconoce al que ocupa el puesto del Comisario y entonces abandona su actitud respetuosa y ríe regocijadamente). ¡Ah caray, ché!... ¡Si habías sido el Yanarico no más! ¡Já, já, já!... ¡Y, yo te había estado queriendo dar el parte, como si fueras el Comisario! ¡Já, já, já!

VIGILANTE 1º.— (Ríe también de buena gana). Así sonso pues eres. El Sargento me ha dejado un ratito en su lugar. Ha salido. Ya va a venir. (Se levanta del asiento y tomando un cigarrillo lo ofrece). ¿Quieres fumar?

VIGILANTE 2º.— Sí, hermanito. (Recibe el cigarrillo). Prestame tu fueguito más. (Recibe el cigarrillo del vigilante 1º con el que enciende el suyo). Gracias, hermano.

VIGILANTE 1º.— ¿Y, por qué has traído a estos gualaychos?

CHCHAPI.— (Con dignidad). Nosotros no somos gualaychos, mi Sargento.

VIGILANTE 2º.— (Irónico). Entonces, son doctores o diputados?

CHCHAPI.— Nó, mi Sargento. Yo soy el "Chchapi" y éste (señalando a su compañero) es el "Achachi". Somos suplementeros no más, mi Sargento.

VIGILANTE 1º.— (Por la Guayruru). ¿Y, esta mocosa, también es "periodista" como ustedes?

ACHACHL.— Nó, mi Sargento. Recién no más la hemos encontrado. Un hombre borracho la estaba arrastrando a jalones para el lado del cenizal. Nosotros estábamos pasando ese rato, y al oír que la pobre chica gritaba, pidiendo auxilio, nos hemos acercado para defenderla.

VIGILANTE 2º.— Sí. Y, por eso, ustedes, como si fueran la autoridad le han pegado a ese hombre una paliza de dejarlo casi muerto ¿nó?

VIGILANTE 1º.— ¿Y, dónde está ese hombre?

VIGILANTE 2º.— Lo han llevado a la Asistencia en el carro de la Ambulancia.

CHCHAPI.— Pero, mi cabo, estaba "groggy" más por borracho que por lo que le hemos hecho.

VIGILANTE 1º.— ¿Y, por qué han hecho eso?

ACHACHL.— Por defenderla, mi Sargento. ¿Acaso íbamos a dejar que ese malvado abuse de esta pobre chica?

VIGILANTE 1º.— Nadies tiene derecho a hacer la justicia sino nosotros que somos la "autoridad". ¿No saben ustedes eso? Ahora, pues, la han de pagar. ¿Que llegue no más el Sargento! (mirando a la Guayruru que está arrinconada, llorosa y aterida de frío, con su miserable vestimenta que consiste en una falda negra, blusa roja y una pequeña mantita negra

en la que se emboza apenas). ¿Y, vos, quién eres? ¿qué hacías tan tarde de la noche por esos "cantos"?

VIGILANTE 2º.— Seguro que es una malentendida. ¡Y, desde tan mocosa!

ACHACHI.— No creo, mi Sargento. ¿No ve usted la carita de inocente que tiene?

VIGILANTE 1º.— ¡Yo no le pregunto a usted nada! (a la chica). A ver... Hable usted. ¿Por qué la estaba jaloneando ese hombre?

(La Guayruru calla atemorizada y se pone a llorar por toda respuesta).

CHCHAPI.— (Se aproxima compasivo a la chica). No llores. Contale mas bien todo, para que no crea que eres una de esas... (viendo que la chica no atina a decir nada, se ofrece él). Yo le diré, mi Sargento. Dice que...

VIGILANTE 1º.— ¡Usted se calla, he dicho! Aquí no se necesitan tinterillos ni apoderados...

ESCENA V

Dichos y **SARGENTO** que entra por el foro

SARGENTO.— ¿Qué hay? (Los dos vigilantes se cuadran).

VIGILANTE 1º.— Hsy una novedad, mi Jefe. Este vigilante acaba de conducir a estos tres gualaychos por riña, escándalo y manos violentas.

SARGENTO.— (A vigilante 2º). ¿Cómo es el parte? (luego, variando de intención y con fastidio). Bueno. Mejor no dé el parte. Lo dará mañana, cuando esté el Comisario. Retírese no más. (A vigilante 1º). Y, usted, métalos al calabozo.

VIGILANTE 2º.— (Cuadrándose). Es su orden, mi Jefe. Con permiso. Me voy a retirar. (Sale).

ESCENA VI

Dichos, menos **VIGILANTE 2º**

VIGILANTE 1º.— (Empujando torpemente a los tres chicuelos). ¡Pasen a la reja! (indica lado izquierdo).

CHCHAPI.— (Implorante). Pero, mi Sargento. Si nosotros no hemos hecho nada malo. Estábamos defendiendo a esta pobre chica no más. ¡Si viera usted cómo la estaba arrastrando ese!...

SARGENTO.— ¡Silencio! ¡A la reja! Mañana le han de contar al Comisario todo lo que quieran. (Al vigilante 1º). ¡Métalos!

VIGILANTE 1º.— ¡Es su orden, mi jefe! (Empuja a los tres mozos hacia izquierda y sale por el pasillo precedido por ellos).

SARGENTO.— (Mientras el Sargento queda solo en escena, se oye desde adentro ruido de rejas y

llaves del calabozo. El Sargento se sienta en el escritorio, extrae de su bolsillo su media botella de licor y descorchándola la embucha por el gollete; después de un largo trago que saborea con fruición se limpia la boca con el dorso de la mano. ¡Aaa! ¡Está formidable el "chalequito verde"! Es mejor que un chaleco de lana para el frío.

ESCENA VII

SARGENTO y VIGILANTE 1º. que sale por el pasillo izquierdo con un manojo de gruesas llaves en la mano y que deposita sobre el escritorio.

VIGILANTE 1º.— ¡Cumplida su orden, mi Jefe!

SARGENTO.— Puede retirarse.

VIGILANTE 1º.— Es su orden, mi Jefe. (Luego, echando una mirada codiciosa de licor que el Sargento ha dejado sobre el escritorio, se queda cuadrado y tostendo significativamente).

SARGENTO.— Váyase, pues.

VIGILANTE 1º.— (Después de una pausa, y sin cesar de mirar la botella). ¡Hace mucho frío, no, mi Jefe!

SARGENTO.— (Se dá cuenta del secreto deseo del vigilante). ¡Ah!, ¿Tú también quieres chalequito verde? (le tutea amablemente).

VIGILANTE 1º.— (Adulador). Sí, pues mi Jefe.

SARGENTO.— Bueno. Pegale un trago. Pero, con cuidado, eh.

VIGILANTE 1º.— (Toma rápidamente la botella y se la empina tomando un trago). A su salud, mi Jefe. (Vuelve a beber un trago más largo).

SARGENTO.— ¡Alto! ¡No te lo tomes todo! ¡Ganso!

VIGILANTE 1º.— (Con un chasquido de la lengua). ¡Aa!... ¡Bien macanudo, mi Jefe! (deja la botella sobre el escritorio). Muchas gracias, mi Jefe.

SARGENTO.— (Toma rápidamente la botella y bebe de ella). A tu salud, vigilante. (Bebe). Y, ahora que te he dado una prueba de mi amistad, puedes retirarte.

VIGILANTE 1º.— Sí, mi Jefe. (Se dispone a salir).

SARGENTO.— Cuidado que te olvides de mi encargo.

VIGILANTE 1º.— ¿Cuál encargo, mi Jefe?

SARGENTO.— De no decirle nada al Comisario de los infrascritos que has traído esta noche.

VIGILANTE 1º.— No hay cuidado, mi Jefe.

SARGENTO.— Ni de la multa que hemos cobrado.

VIGILANTE 1º.— Pierda cuidado, mi Jefe. (Pausa en la que vuelve a mirar la botella). Mi Jefe...

SARGENTO.— ¿Qué?

VIGILANTE 1º.— ¿Y, qué tal fuera que a esos gualaychos que están en el calabozo los larguemos sacándoles otra multita?

SARGENTO.— Nó. Eso ya sería mucho. Entonces sí que puede saber el Comisario.

VIGILANTE 1º.— Tiene usted razón, mi Jefe. (Pausa). Mi Jefe...

SARGENTO.— ¿Qué hay?

VIGILANTE 1º.— Entonces, antes de retirarme completamente, y para que no me olvide de decir nada al Comisario... ¡Otro traguito más, pues, mi Jefe!

SARGENTO.— Bueno. Pero de una vez y después andate "completamente" como dices.

VIGILANTE 1º.— (Alegre). ¡Es su orden, mi Jefe! (Toma rápidamente la botella y se bebe un largo trago que casi consume el líquido). ¡Aaa! ¡Este segundo trago sí que está mejor! ¿No ve usted que en la repetición está el gusto, mi Jefe? ¡Bien rico siempre está! (Intenta empinar de nuevo).

SARGENTO.— (Le arrebató vivamente la botella de las manos). ¡Ché, ché! ¡Abusivo!

VIGILANTE 1º.— Dispense, mi Jefe. (Se cuadra). Me voy a retirar. Con permiso. (Sale lentamente por el foro).

SARGENTO.— (Mira la botella que ya tiene po-

co contenido). ¡Caramba, con este sirvergüenza! Se lo ha terminado mi "chalequito". Apenas me queda medio trago. (Mira la botella a contra luz y luego se bebe el resto, demostrando ya señaladas actitudes de ebriedad).

ESCENA VIII

SARGENTO, luego el CHCHAPI, el ACHACHI y la GUAYRURU.

SARGENTO.— (Pasea un tanto tambaleante, se detiene, mira la botella al tras-luz). ¡Caramba! ¡Recién se me ha abierto la tripa alcoholera! (sigue paseando). Yo creo que el Comisario ya no ha de venir. Debe estar en plena farra. (Saca unos pocos billetes). ¡Y, yo pobre, aquí, sin poder salir! (cuenta el dinero). Esto ya no alcanza para otra "media tira" (pausa en la que se pone meditativo, y luego con brusca transición de una repentina idea salvadora). ¡Claro!... A esos gualaychos también les puedo sacar una multita y después los largo. ¡Claro! ¿Acaso va a saber el Comisario? (se frota las manos). ¡Macanudo! ¡Ah! Y, a la chica me la hago quedar. ¡Esto sí que va a ser de primera! (toma las llaves que ha dejado el vigilante sobre el escritorio y desaparece con ellas por el pasillo de la izquierda).

(La escena queda un momento desierta, y sólo se oye en el fondo el ruido de llaves y cerrojos).

SARGENTO.— (Aparece por izquierda precediendo al Achachi, al Chchapi y a la Guayruru). A ver. ¿Ustedes quieren irse?

CHCHAPI.— Sí, mi Jefe.

SARGENTO.— Entonces tienen que pagar la multa.

CHCHAPI.— ¿Cuánto es, mi Jefe?

SARGENTO.— Diez bolivianos por nuca.

ACHACHI.— ¿De dónde no más, mi Jefe! ¿Acaso somos rateros? Si no hemos hecho nada más que salir en defensa de esta pobre chica.

SARGENTO.— (Con enojo). ¡Entonces, adentro!

CHCHAPI.— (Suplicante). No, pues, mi Jefe. ¡Cómo pues nos va usted a encerrar otra vez!

SARGENTO.— Entonces, aflojen la plata.

ACHACHI.— Pero, Sargento. Es que no tenemos los diez bolivianos.

SARGENTO.— ¿Sí? ¿Y, con que sacan cada día los periódicos?

CHCHAPI.— Es que esta tarde ya le hemos entregado adelantado al contratista, mi Sargento.

ACHACHI.— Sí, Sargento. Apenas nos hemos quedado con unos cuantos billetes para comer.

SARGENTO.— Bueno. A ver ¿cuántos tienen entre los dos? ¡Rápido!

(Los dos suplementeros se retiran a un extremo, y luego de misteriosos acuerdos, lentas búsquedas en los bolsillos y bajos cuchicheos, el Achachi se aproxima al Sargento, llevando en la manos unos billetes).

ACHACHI.— Aquí está, mi Sargento. Apenas habíamos tenido nueve bolivianos con cuatro reales.

SARGENTO.— (Recibe el dinero y mira a los mozos con desconfianza). ¿No tienen más?

CHCHAPI.— (Remangando los bolsillos de su pantalón). ¡Por Dios, mi Sargento! Mire usted. Ni un cobre más tenemos. Ni para comprarnos un pan.

SARGENTO.— (Recibe el dinero y lo contempla con desengaño). Bueno. Ahora mándense jalar. ¡Y, cuidado con que estén haciendo otro escándalo!

CHCHAPI.— Nó, mi Sargento.

SARGENTO.— Bueno, bueno. ¡Váyanse de una vez!

CHCHAPI.— (A la Guayruru). Chica, vámonos.

SARGENTO.— ¡Váyanse ustedes dos no más, he dicho!

CHCHAPI.— Pero, mi Sargento...

SARGENTO.— ¿Qué?

CHCHAPI.— ¿Y, la chica?

SARGENTO.— Esa se queda. Bueno, bueno. Ustedes dos safen pronto de aquí!

ACHACHI.— (Con serena gravedad). Nó, mi Sargento. Esta chica no puede quedarse aquí.

SARGENTO.— ¿Cómo! ¿Y, por qué no puede quedarse? A ver dí.

ACHACHI.— (Con ironía). Ya, ya, el Sargento se hace el sonso no más.

SARGENTO.— ¿Qué dices, atrevido? Ahorita les voy a sentar el juicio con ese nervio (señala el que está colgado en la pared).

CHCHAPI.— ¿Cómo, pues, mi Sargento! ¿Acaso usted quisiera hacer con esta chica lo mismo que ese borracho abusivo?

SARGENTO.— (Encolerizado). Ustedes gualaychos no han de ser quienes vengan a enseñar a la autoridad lo que tiene que hacer!

ACHACHI.— (Con resolución). Si usted no larga a la chica con nosotros, preferimos quedarnos. (Se aproxima a la chica con actitud de decidido amparo).

SARGENTO.— (Dando un puñetazo sobre el escritorio). ¡No señor! ¡He dicho que nó!

GUAYRURU.— (Durante toda la escena ha permanecido cohibida, acurrucada contra la pared, espectando sin decir nada: al fin, al ver el gesto colérico del Sargento se pone a llorar).

CHCHAPI.— (Aproximándose también a Guayruru, le dice cariñosamente). No llores. No tengas miedo. Estás con nosotros.

SARGENTO.— Bueno. Si ustedes no quieren irse, ahorita llamo vigilantes y los hago conducir a la Central.

ACHACHI.— Aunque sea. Pero, con la chica.

SARGENTO.— He dicho que esta chica tiene que quedarse aquí hasta que reclamen sus padres. (Avanza hacia la puerta del foro con un pito en la mano como para cumplir lo que dice). Y, ustedes van a ir ahorita mismo a la Central.

CHCHAPI.— (Aproximándose, conciliador). Nó, pues, mi Sargento.

SARGENTO.— Entonces, ¡mándense a jalar!

ACHACHI.— (Llama junto a sí al Chchapi y entre los dos conferencian en secreto, luego se aproximan a la Guayruru y le dicen algunas frases sigilosas). Está bien, Sargento. Nos vamos a ir los dos. (Inicia la salida, sin dejar de mirar furtivamente a la chica y de hacerle signos reservados).

CHCHAPI.— (Hace un guiño a la Guayruru y sale). Buenas noches, Sargento.

ESCENA IX

SARGENTO y la GUAYRURU

SARGENTO.— (Mirando con especial interés a la muchacha). Bueno. Vos no tengas miedo. Tè vas a quedar aquí hasta mañana.

GUAYRURU.— (Tímida). Está bien, señor.

SARGENTO.— (Con simulación afectuosa). Si te portas bien, te voy a traer algo de comer. ¿Quieres?

GUAYRURU.— Sí. Tengo mucha hambre.

SARGENTO.— ¿Dónde vives? ¿Tienes padres?

GUAYRURU.— Yo soy del Río Abajo. Mi padre se ha muerto hace tres años. Mi mamá hace un año que vive con un hombre que se emborrachaba y me pegaba todos los días.

SARGENTO.— ¿Y, tu madre, acaso no te defendía?

GUAYRURU.— Ella más tomaba con ese hombre y también me pegaba y hasta me botaba de su casa. Un día, estando borracha, después de soparme en el río me ha dado una paliza que casi me mata. Entonces yo me he escapado y me he venido a La Paz con unos viajeros.

SARGENTO.— ¿Y, aquí dónde vives?

GUAYRURU.— En ninguna parte. He venido a La Paz a buscar a un tío que tenía y que trabajaba en la Fábrica de Tejidos. He ido allí y me han dicho que se había ido a una mina.

SARGENTO.— ¿Y, no conoces a nadie aquí?

GUAYRURU.— No. Recién he llegado hace tres días.

SARGENTO.— ¿Dónde has dormido estas noches?

GUAYRURU.— En un lacay que hay en el canto. Esta noche me he estado yendo allí y me ha agarrado un hombre borracho que quería llevarme por la fuerza no sé donde. Yo me he puesto a llorar y a gritar. En eso han aparecido esos dos chicos que estaban aquí y ellos me han defendido.

SARGENTO.— (Acariciando con gesto de sátira el mentón de la muchacha). ¡Pobrecita! Y, eres bonita no más. ¿Cuántos años tienes?

GUAYRURU.— Voy a cumplir quince años.

SARGENTO.— ¡Ya eres pues una mujercita! Con razón ese hombre te quería llevar.

GUAYRURU.— (Con ingenuidad). ¿Voy a quedarme a dormir aquí adentro esta noche?

SARGENTO.— Sí. (Con equívoco afecto). Yo te voy a acompañar para que no tengas frío. ¿Quieres?

GUAYRURU.— Ahí voy a dormir mejor. Porque afuera hace mucho frío. En el Río Abajo no es así. Se puede dormir no más aunque sea al pie de un árbol.

SARGENTO.— Ahora vamos a dormir muy bien.

GUAYRURU.— Entonces ¿me puedo entrar no más? Tengo mucho sueño.

SARGENTO.— (Toma un capote viejo y una manta andrajosa que halla en un rincón y los entre-

ga a la moza). Tomá. Te puedes tapar con esto. Entrate. Yo voy a ir un rato a la esquina a traer algo para que comas.

GUAYRURU.— Gracias, señor. (Toma las prendas y sale dócilmente por izquierda)

SARGENTO.— (Frotándose las manos). Bueno. Ahora vamos a buscar un poco más de trago. Esta noche va a haber farra completa. Mejor que la del Comisario. (Toma la botella y sale apresuradamente por la puerta del foro).

(La escena queda unos instantes desierta).

ESCENA X

EL ACHACHI y el CHCHAPI

CHCHAPL.— (Apareciendo sigilosamente por el foro, examina atentamente la estancia desde afuera y volviendo la cara hacia atrás, llama a media voz). Ché, Achachi. Ven no más. No hay peligro.

ACHACHI.— (Aparece detrás del Chchapi y mirando hacia el lado por donde se alejó el Sargento). ¿Dónde estará yendo el Sargento?

CHCHAPL.— Seguro que está yendo a la tienda de la esquina a buscar trago para seguir chupando. ¿No te has fijado que ya estaba medio grogy?

ACHACHI.— Va a volver pronto. Hay que apu-

rarse. (Avanza hacia la izquierda y llama a media voz) ¡Chica, chica! (al no obtener contestación se pierde por el pasillo).

CHCHAPI.— (Retrocediendo hasta el foro). Yo voy a mirar si viene. En último caso, si vuelve y nos pesca, lo emprendemos a puñete limpio como con el borracho ese.

ACHACHI.— (Sale conduciendo de la mano a la Guayruru). Ven. Vámonos rápido

GUAYRURU.— (Ingenuamente). ¿Acaso no está bien que me quede aquí no más?

ACHACHI.— No sabes lo que son éstos abusivos. A lo mejor te ha de suceder peor que con ese borracho.

GUAYRURU.— ¿Por qué?

ACHACHI.— ¿No has visto que está borracho también y que ha ido a comprar más licor?

GUAYRURU.— ¿Y, dónde, pues, hemos de ir?

ACHACHI.— A nuestra guarida. Ahí vas a estar mejor.

GUAYRURU.— Es que tengo hambre también.

ACHACHI.— Ahí vas a tener todo. Vamos no más.

CHCHAPI.— (Que ha quedado a la puerta en observación, con alarma). ¡Ché! Apúrense. Ya está regresando. ¡Salgan carrera, ché!

ACHACHI.— Vení. (Toma a Guayruru por el brazo y la hace salir corriendo en sentido contrario al que tomó el Sargento).

CHCHAPL.— (Queda en la puerta y mirando hacia foro derecho) ¡Carrera, ché! Ya está viniendo. (Llamando a media voz). ¡Corran, corran! De la esquina tuerzan para arriba. Yo voy a venir detrás, por si acaso. (Queda unos instantes a la expectativa, mirando, ora a la izquierda por donde huyen sus amigos, ora a la derecha por donde llega el Sargento; al fin se va retirando sigilosamente por izquierda, observando lo que pasa a sus espaldas; antes de desaparecer, grita desde medio mutis). ¡Ahora sí que el Sargento se ha quedado seco! (hace narices con las manos y desaparece).

(La escena vuelve a quedar desierta por unos minutos hasta la llegada del Sargento cuya aproximación se deja sentir por los pasos apresurados y un tanto tambaleantes del personaje indicado).

ESCENA ULTIMA

SARGENTO. solo.

SARGENTO.— (Se detiene un instante en la puerta del foro y mira con inquietud hacia la izquierda). ¡Caramba! ¿Quién será ese que corre? (avanza hacia la escana). Me parece que ha salido de aquí. ¿No será un ratero que le ha venido a robar a la misma

policía? (ríe) ¡Já, já, já!... ¡Eso sí que fuera curioso! (De pronto, al darse cuenta de que lleva un pan en la mano junto a la botella de licor, como si recordara recién para quien lo traía, se dirige apresuradamente hacia izquierda, desaparece y deja oír su voz desde adentro). ¡Chica! ¡Chiquita!... (A poco, sale lleno de cólera, arroja el pan al suelo con furia y exclama). ¡Ah!... ¡Seguro que se la han venido a llevar!... ¡Me han dejado con ganas!... ¡Gualaychos de cuerno!...

TELON RAPIDO

ACTO SEGUNDO

La escena representa una habitación pobre, con las paredes sucias y llenas de hollín y con innumerables desconchaduras del enjalbegado de estuco; en las mismas paredes se vé el rastro hecho por las goteras que han penetrado por el viejo tejado. En algunos lugares, las paredes sobre su estado calamitoso ostentan el vivo colorido de cuadros y réclames comerciales, láminas de revistas, banderitas de tela y de papel y otros adornos baratos. Por todo menaje hay hacia el fondo derecho una humilde cama improvisada sobre cajones de madera y cubierta con mantas excesivamente usadas. Sobre la cabecera y adosadas a la pared penden algunas estampas religiosas. En el centro, una mesa desvencijada, uno de cuyos pies está sustituido con una tabla de cajón adaptada toscamente. Hacia el fondo izquierdo, un cajón grande y más alto, cubierto con hule floreado, encima del cual hay un espejo roto en uno de sus extremos y que está pendiente de la pared; sobre el cajón hay una jofaina de fierro muy desportillada, una jarra en igual estado; a los bordes del cajón, peines, ja-

hones y otros útiles de tocador muy usados y baratos: en la pared, junto a esa especie de miserable tocador, cuelga de un clavo una toalla en hilachas. Varios cajones desvencijados y un par de sillas en problemático equilibrio, sirven de asientos y se hallan distribuidos convenientemente por la escena. Una vela colocada en el gollete de una botella que está al centro de la mesa alumbra escasamente la escena.

Al foro una pequeña puerta que se supone dá a la pequeña cocina; a la derecha una puerta más grande que comunica con el cuarto en que duermen Achachi y Chchapi; hacia izquierda una puerta de mayor tamaño que se supone dá hacia el patio de la casa y que sirve de entrada.

La acción comienza al anochecer.

ESCENA I

GUAYRURU Y CURCUNCHO

GUAYRURU.— (Se halla sola al levantarse el telón, disponiendo platos, vasos y otras piezas de formas y colores variados y en mal estado, demostración de la miseria de ese hogar; al tiempo que hace lo indicado, canturrea alguna canción popular).

CURCUNCHO.— (Entra por puerta izquierda demostrando cierta inquietud y ocultando un pequeño bulto dentro de su ropa; después de mirar a la muchacha). Ché, Guayruru. ¿Cómo estás?

GUAYRURU.— Bien no más, Curcuncho. Entrá no más.

CURCUNCHO.— (Mira atentamente en torno). ¿Estás sola?

GUAYRURU.— Sí. Todavía no ha venido nadie.

CURCUNCHO.— ¿Ya estás arreglando para esta noche?

GUAYRURU.— Sí. Preparando todo lo que tenemos para los amigos.

CURCUNCHO.— Ché, Guayruru. Voy a entrar un ratito al cuarto del Achachi.

GUAYRURU.— Si no está.

CURCUNCHO.— No importa. Quiero ver si he dejado ahí adentro el blader de la pelota de foot-ball del club.

GUAYRURU.— No debe estar. Porque cuando he barrido no he visto ningún blader.

CURCUNCHO.— (Con insistencia y seriedad). ¿Y, si a lo mejor está en algún rincón?

GUAYRURU.— Entrá no más, pues. A ver si encuentras.

CURCUNCHO.— A ver, veré. (Sale por puerta derecha).

GUAYRURU.— (Sigue arreglando; de pronto se incorpora para decir en alta voz hacia izquierda).

¡Ché, Curcuncho! Pero, vos no has traído nada para la fiesta.

CURCUNCHO.— (Sin aparecer). Nó. Todavía no.

GUAYRURU.— Creo que tienes que traer tres botellas de papaya?

CURCUNCHO.— (Desde afuera). Sí. Ahorita voy a ir a traer.

GUAYRURU.— ¡Cuidado que te olvides de traer tu vaso! Aquí tenemos muy pocos.

CURCUNCHO.— (Desde adentro). Sí. Voy a traer (Apareciendo después de unos momentos en que Guayruru seguía con su ocupación; su aspecto ya es tranquilo como si ya se hubiera desembarazado de alguna grave inquietud desde el momento que entró por primera vez a escena). ¡Caray, ché! No hay ninguna vejiga.

GUAYRURU.— ¡Qué te he dicho! Si no había siempre. Seguro que las has botado en alguna parte.

CURCUNCHO.— (Indiferente). ¡Vayá pss! Tendré que reponerla con mi plata. Porque si nó los socios me han de sacar del gargüero para el día del match. ¡Bueno, claro será!

GUAYRURU.— ¿Y, vos, has ido a vender periódicos esta tarde?

CURCUNCHO.— Nó. Mas bien he sacado loterías. Como mañana se juega...

GUAYRURU.— Con razón has venido tan temprano.

CURCUNCHO.— (Confidencial). ¿Sabes? Estoy haciendo un negocio bien "maca". Voy a tener unos miles de pesos.

GUAYRURU.— ¿Miles de pesos? Eso sí que no te creó. Vos eres el mas ocioso...

CURCUNCHO.— (Con amargura). A mí, siempre, nada quieres creerme. (Aproximándosele con actitud apasionada y sincera). ¿Por qué eres así conmigo, Guayruru?

GUAYRURU.— (Con indiferencia y retrocediendo un poco). Es, pues cierto lo que te digo. ¿Acaso no eres un ocioso? Si sacas periódicos, te "chacas" por estar paseando las calles como doctor. Si sacas loterías y ganas algo todo lo pierdes en el juego. Te acuestas tarde y por la mañana te levantas cuando tus "cumpas" ya han acabado de vender los periódicos. A lo único que te dedicas es ha tocar organito.... ¡Como si con eso comieras!

CURCUNCHO.— (Optimista). ¿Acaso no te gusta lo que toco el organito?

GUAYRURU.— Sí, pues. Tocas bonito. ¡Pero, de eso no más también te ocupas!...

CURCUNCHO.— (Ferviente). Es que vos no sabes que con la música de mi organito yo digo cosas que de otra manera no me atrevería a decirlas. Por ejemplo. (Saca una armónica del bolsillo). A ver. Oí ésto. (Ejecuta). ¿Te gusta?

GUAYRURU.— (Después de escuchar, y con sincero agrado). Sí. Es bien bonito.

CURCUNCHO.— Esta noche, los "cumpas" van a tocar aquí.

GUAYRURU.— ¡Ay, que lindo!

CURCUNCHO.— ¿Sabes? Esto que he tocado, tiene su letra y todo. Dice así: su título es "Guayrurito". (Recitando).

Periódicos: El Diario,
Ultima Hora y La Razón.
La Noche, Universitario
y boletos del millón.

Quiero venderlos prontito
para ir corriendo y volando
donde un dulce cariñito
pa la fiesta está esperando.

Pues, los gualaychos tenemos
a nuestra linda Guayruru
y festejarla queremos.
Por eso yo tengo apuro
para llegar a la "cueva"
antes que otro compañero
y poder darle una prueba
de lo mucho que la quiero.

(Pausa). ¿Qué te parece?

GUAYRURU.— (Ruborizada por el elogio). ¡Ay, choy! ¡No me hagas reír! ¿Y, quién ha hecho eso?

CURCUNCHO.— (Con embarazo). ¿Quién...

GUAYRURU.— (Pensando). ¿Quién, quién?... Seguro que puede ser el Achachi.

CURCUNCHO.— (Con amargura). ¡Nó! (con ternura mal disimulada). ¿Sabes?... Pero, no te vas a enojar. Esa músiquita y ese cantito te lo he hecho yo, para que estrenemos esta noche. Porque yo... (vacilando y como avergonzado por su confesión) este... Así Curcuncho como soy y como me dicen... yo también... sé querer, Guayrurito, y... este... (calla emocionado, mira con delectación a la moza y acaba turbándose). Este... ¡nó, ché! ¡No hay caso! (se retira vivamente hacia la puerta de salida). Mejor, me iré no más. Hasta luego, Guayrurito. Voy a traer mas bien las botellas de papaya que me tocan. (Sale por derecha como huyendo de su propia emoción).

ESCENA II

GUAYRURU y luego KHACHA MOCITO

GUAYRURU.— (Extrañada por la actitud del que salió). Este Curcuncho parece loco. ¡Tiene unas cosas más curiosas! (sigue en sus anteriores afanes mientras comienza a tararear la melodía que tocó el Curcuncho).

KHACHA MOCITO.— (Entra por puerta izquierda y se detiene a escuchar complacido el canto de

la Guayruru, mientras ésta no lo ha sentido llegar).
¡Caray, Guayruru! ¡Qué alegre habías estado!

GUAYRURU.— (Volviéndose sorprendida). ¡Ay, ché! ¡Me has hecho asustar!

KHACHA MOCITO.— (Con cariñoso reproche).
¡Tanto susto te doy! Yo creía que ya había comenzado la fiesta.

GUAYRURU.— Si todavía no ha venido "nadie".

KHACHA MOCITO.— ¿Estás solita?

GUAYRURU.— Sí.

KHACHA MOCITO.— ¿Y, el Achachi?

GUAYRURU.— No ha llegado.

KHACHA MOCITO.— (Irónico). Estará consiguiéndose pareja para traerla a la fiesta.

GUAYRURU.— (Picada por el disgusto). ¿Qué cosa? ¿Pareja, el Achachi?

KHACHA MOCITO.— Claro, pues. Porque vos tienes que ser mi pareja.

GUAYRURU.— ¡De dónde no más! Si vos tienes que buscarte.

KHACHA MOCITO.— (Imperioso). Mi pareja tienes que ser vos. ¡Ya te he dicho desde el otro día!

GUAYRURU.— (Firme y reflexiva). Nó, pues, Khacha Mocito. ¿Cómo le voy a hacer eso al Achachi? ¿A ver, dime?

KHACHA MOCITO.— Eso yo no sé. Además, mirá. Esta tarde yo no he tenido tiempo para buscar pareja, porque ¿sabes? Me han citado a la Policía.

GUAYRURU.— ¡No me digas! ¿Y, de ahí?

KHACHA MOCITO.— Dice que a un gringo le han robado de su cuarto del hotel una máquina fotográfica y un reloj de oro. Dice que es un suplemento. Ahí me han llevado a declarar, y me han dicho que si ayudo a encontrar al ladrón me van a dar una buena gratificación.

GUAYRURU.— ¿Quién será, no?

KHACHA MOCITO.— Eso. Pero soy capaz de volverme detective para ganarme la gratificación.

GUAYRURU.— ¡Ojalá, pues! Con eso, seguro que te has de comprar otro terno. Porque creo que eso es lo que a vos te gusta más, ¿no?

KHACHA MOCITO.— (Orgulloso). Claro. A mí me gusta vestir bien, estar pije.

GUAYRURU.— ¿Cuántos ternos ya tienes?

KHACHA MOCITO.— Cuatro. Con sus zapatos y sus sombreros cabales.

GUAYRURU.— (Con amable admiración). ¡Ay, caray, ché! ¡Con razón pues, te dicen "Khacha Mocito"!

KHACHA MOCITO.— Por envidia me han puesto ese apodo. Pero, esperá no más. Les voy a sacar más pica. ¿Sabes? Voy a tener siete ternos.

GUAYRURU.— ¿Y, para qué tantos?

KHACHA MOCITO.— Uno para cada día de la semana. (Transición). Y, mirá lo que soy. (Saca un pequeño paquete del bolsillo). Mirá lo que te lo he traído. (Le dá el paquete).

GUAYRURU.— (Recibiendo). ¿Para mí?

KHACHA MOCITO.— Sí.

GUAYRURU.— ¿Qué es?

KHACHA MOCITO.— Mirá, pues.

GUAYRURU.— (Desenvuelve el paquete). ¡Uy, ché! ¡Medias de seda!

KHACHA MOCITO.— Sí. Así soy yo. Mientras todos los demás han de traer cosas para comer y tomar, como sonsos, yo he preferido traer para vos ésto.

GUAYRURU.— (Extiende las medias y las contempla y palpa con arrobamiento). ¡Qué lindas, ché!

KHACHA MOCITO.— Te las vas a poner ahora mismo. Para el baile.

GUAYRURU.— ¡Gracias, Khacha Mocito! Con ésto voy a estar como las señoritas.

KHACHA MOCITO.— Pero, con una sola condición.

GUAYRURU.— ¿Cuál?

KHACHA MOCITO.— Que tienes que ser mi pareja.

GUAYRURU.— (Torna su alegría por un gesto de contrariedad). ¡Ay, nó, Khacha Mocito. Si es con esa condición, nó. (Devuelve las medias). Prefiero devolvértelas.

KHACHA MOCITO.— (Rechazando). ¿Pero, por qué?

GUAYRURU.— Eso no le puedo hacer al Achachi.

KHACHA MOCITO.— Eres una sonsa, ché. ¡Francamente me das rabia! Estás aquí, más de dos años, al lado del Achachi. En todo ese tiempo no has sacado nada. Sigues lo mismo. Hecha una pobre birlochita. Dime. ¿O ya te has arreglado con el Achachi?

GUAYRURU.— (Con dignidad y altivez). ¡No me hables adefesios! Ya sabes que estoy con el Achachi y el Chchapi porque ellos me han hecho escapar de la policía y me han traído a vivir con ellos. Aquí estoy como su hermana.

KHACHA MOCITO.— ¡Como cocinera, querrás decir!

GUAYRURU.— Claro que tengo que cocinárselos. Porque ellos trabajan y me dan todo.

KHACHA MOCITO.— ¡Gran cosa, lo que te dan!

GUAYRURU.— Me han dado lo que más falta me hacía: su casa y su cariño. ¿Acaso eso es poco para mí?

KHACHA MOCITO.— (Petulante). Yo sí, pues, que te daría todo. Estarías elegante como yo. Te lo

compraría lindos vestidos, abrigo y zapatos. Si te vieras a vivir conmigo sería otra cosa. ¡Ya vieras, no más! Mirá además. Al otro mes me han de hacer "contratista". Ya no voy a estar con mis periódicos debajo del brazo. De sentado me voy a ganar la plata. Y, quiénsabe me ponga después una tienda de revistas. Ahí vos estuvieras hecha una señorita, vendiendo detrás del mostrador. ¡Ya ves lo que resultaría estando vos conmigo!

GUAYRURU.— Me he de alegrar que hagas todo eso. Pero yo voy a estar no más aquí.

KHACHA MOCITO.— Ché, pero, entonces, a ver dime con franqueza, ¿estás ya arreglada con el Achachi?

GUAYRURU.— (Sonrojándose). Nó, Khacha Mocito. No estoy arreglada con nadie.

KHACHA MOCITO.— ¿Y, entonces? ¿Por qué estás, pues, aquí y me desprecias? (Incorporándose garboso y conquistador). Mirame a ver. ¿Acaso yo parezco un pobre gualaycho como los demás? Mirame a ver bien. Este terno es de donde el Plaza. Estos zapatos son cocidos. Esta "cachucha" (por la gorra que lleva) es como las que usan los gringos. Ahora mirá esta corbata. Igualitas hay donde el Murillo Bros y cuestan ciento cincuenta pesos! Mirá, si hasta tirantes y todo tengo ché! ¡Qué te has creído! ¿O vos no tienes gusto para escogerte un buen mozo?

GUAYRURU.— (Con sincera ternura). ¡No, ché! Yo no necesito escoger a "nadies". El destino me ha

dado por amigos, mejor dicho por hermanos, al Achachi y al Chchapi. Y con ellos estoy bien y estoy contenta.

KHACHA MOCITO.— Bueno, supongamos. Pero eso será, pues, que los quieres como a tus hermanos. Pero, ya, a tu edad, las mujeres tienen que querer de otra manera. Hay que pensar en el amor y en la familia. Y, en tantas otras cosas bien recias. ¿O, qué dices?

GUAYRURU.— Nó, Khacha Mocito. — Yo estoy bien no más así.

KHACHA MOCITO.— Entonces ésto quiere decir que me "galletas"?

GUAYRURU.— Es que yo te quiero, pues, como a un amigo.

KHACHA MOCITO.— ¿Y, al Achachi cómo lo quieres?

GUAYRURU.— (Devolviéndole las medias). Mejor, tomá tus medias.

KHACHA MOCITO.— (Resentido pero amable). ¡No me da la gana de recibarte! Por últimamente, te las regalo aunque me hayas dado la "galleta". Así soy yo. Ponte no más a mi nombre, siquiera para que estén más bonitos tus "itusus". (Luego dá muestras de decepción y aburrimiento, bosteza y estira los brazos). Bueno, ché. Estoy aburrido. Hasta que lleguen esos, me voy a ir a recostar a la cama del Achachi. (Se dirige a puerta derecha). ¡No tendrá, pues, plojos esa cama!...

GUAYRURU.— No, ché. ¡Eso sí que nó! Porque yo se lo sacudo y se lo tiendo todas las mañanas. ¡Qué te has creído! Además, el Achachi y el Chchapi se bañan cada semana en Horkhojahuirá, ché!

KHACHA MOCITO.— ¿Sí? ¡Caramba con la suerte de este Achachi! (sale).

ESCENA III

La **GUAYRURU**, el **CHCHOCOLULO** y el **MALILO**, que llegan por la puerta izquierda con sendos paquetes hechos en periódicos.

CHCHOCOLULO.— Buenas tardes, Guayrurito.

GUAYRURU.— Buenas tardes, Chchocolulo.

MALILO.— Guayrurito, ¿cómo estás?

GUAYRURITO.— Bien. ¿Y vos?

MALILO.— Ché. Aquí estoy trayendo lo que me toca. (Alcanza el paquete desenvolviendo el periódico). Mirá. Seis marraquetas bien macanudas.

GUAYRURU.— (Las recibe y coloca sobre la mesa). ¿No están muy kjolus?

MALILO.— No, ché. Si son del día. He comprado donde mi casera.

GUAYRURU.— (A Chchocolulo). ¿Y, vos, qué has traído?

CHCHOCOLULO.— (Dándole el paquete). El enrollado. (Transición de leve descontento). ¡Ah, ché! Pero, a mí me han prendido con ésto. A ver, mirá. Este (por Malilo) ha gastado apenas doce bolivianos en pan. Y a mí me ha costado más de veinte bolivianos la libra de enrollado.

MALILO.— ¡Oh, ché! ¡No seas amarrete! Para eso te has cancheado vendiendo tantas loterías.

CHCHOCOLULO.— ¡Ya! ¡Y lo que tengo que darle a mi madre!... ¡Si, cuando no le llevo veinte pesos al día, me hace cascar con su querido, ché!

MALILO.— ¡Ah, eso sí que no me aguantara, ché!

GUAYRURU.— En lugar de estar discutiendo, ayúdenme a cortar el pan para los sandwiches.

CHCHOCOLULO.— Una cosa, ché, Guayruru.

GUAYRURU.— ¿Qué?

CHCHOCOLULO.— No cortes el pan.

GUAYRURU.— ¿Por qué?

CHCHOCOLULO.— Mejor así enteros no más que estén. Haremos los sandwiches de a marraqueta.

MALILO.— ¡Oh, ché! No seas exagerado. Van a parecer adobes.

CHCHOCOLULO.— Pero, es que así cada uno se alza de una vez lo que le toca. Y no vamos a estar cada rato: ¡servite, servite! ¿O no es así, Guayruru.

MALILO.— ¿Qué dices vos, Guayruru?

GUAYRURU.— Creo que así ha de estar mejor. Y ha de ser más fácil para hacerlos y repartirlos.

CHCHOCOLULO.— (Con aire de triunfo). ¡Ya ves, Malilo! ¡Eso no se te ha ocurrido a vos, sonsito de la Virgen!

GUAYRURU.— Bueno, entonces haremos así. Ustedes partan por el centro las marraquetas. Así (indica). Yo voy a ponerles el enrollado.

(Todos efectúan el trabajo con actividad y entusiasmo).

ESCENA IV

Dichos y KHACHA MOCITO, que sale por puerta izquierda.

KHACHA MOCITO.— (Aparece con la cara seria y actitud preocupada). ¿Ah, ya están ustedes aquí?

CHCHOCOLULO.— Sí, ché. Ya hemos traído lo que nos ha tocado para la fiesta.

MALILO.— (A Khacha Mocito). ¿Y, vos, qué has traído?

KHACHA MOCITO.— Eso pregunténle a la Guayruru. Ché, Guayruru, voy a salir un rato.

CHCHOCOLULO.— ¿Y, vos, de dónde has salido?

GUAYRURU.— Ha estado descansando un rato en la cama del Achachi.

KHACHA MOCITO.— Sí. Pero, (enigmático) ahí he encontrado una cosa bien embromada. (Con sombra amenaza). ¡Lo que es ahora no sé quién se ha de embromar!

GUAYRURU.— (Con alarma). ¿Qué estás diciendo?

KHACHA MOCITO.— Nada. Ya lo sabrás a su tiempo. Lo único que te digo es que alguien se ha fregado. (Saliendo por derecha). Hasta luego.

ESCENA V

Dichos, menos KHACHA MOCITO

CHCHOCOLULO.— Ché, Guayruru ¿por qué te ha hablado así el Khacha Mocito?

GUAYRURU.— No sé. Estará loco.

MALILO.— ¡Ah, seco! Yo sé por qué te ha dicho eso.

CHCHOCOLULO.— ¿Por qué, ché?

MALILO.— Porque el Khacha Mocito estaba diciéndole el otro día que se va arreglar con la Guayruru.

GUAYRURU.— ¡Vaya, ché! No digas sonceras.

MALILO.— ¡Por Dios, digo! Eso siempre ha dicho delante del Manucho y del ciego Lucas. ¡Hasta unos caballeros que se estaban haciendo lustrar en la Plaza, y todos le han oído, ché!

CHCHOCOLULO.— ¡Ah, pero te apuesto que el Khacha Mocito no se atrevió a quitarle al Achachi!

MALILO.— Eso mismo le ha dicho el ciego Lucas; pero el Khacha Mocito le ha contestado que con su plata ninguna mujer se le resiste.

CHCHOCOLULO.— (Mirando consultivamente a Guayruru). ¿Cierto, ché, Guayruru?

GUAYRURU.— (Con desagrado). ¡Qué cosa!... Mejor no me fastidies.

CHCHOCOLULO.— ¿Fuera capaz de hacerle eso al Achachi?

MALILO.— Yo no creo ché. Porque, además, el Achachi es el mejor de todos. Es bien recio amigo. Defiende a los chicos y hasta les ayuda y les presta plata. ¿No es cierto, Guayruru?

GUAYRURU.— (Sincera, venciendo su rubor). Así es, Malilo. Hasta a mí, sin conocerme, me ha traído a su casa.

CHCHOCOLULO.— Bien recio siempre es el Achachi. Además, bien machito. (Riendo). Yo quisiera no más que el Khacha Mocito se atreva. ¡De un sopapo, el Achachi lo hace sornar!

MALILO.— (Imaginando con regocijo lo que habla su compañero). ¡Ay, caray! Y, seguro que no lo encuentra para el segundo moquete!...

ESCENA VI

Dichos y el **CHICHILLO** y **SUPLEMENTEROS** 1º, 2º, 3º y 4º que entran con algazara por puerta izquierda, llevando sus respectivos paquetes.

CHICHILLO.— Buenas tardes. ¿Cómo estás, Guayruru?

GUAYRURU.— ¿Cómo estás, Chichillo? (a los demás). ¿Cómo están? Entren no más.

CHICHILLO.— ¡Ay, ché! ¡Qué macanudos sandwiches habían estado haciendo!

CHCHOCOLULO.— ¿Han traído ustedes lo que les toca?

TODOS.— Sí. Sí.

MALILO.— (A suplementero 1º). ¿Qué te ha tocado a vos?

SUPLEMENTERO 1º.— ¿A mí? Marraquetas. (Entrega el paquete). Aquí están. Cuenten bien, ché. Cuidado que digan que he traído menos.

MALILO.— ¿Y, vos, Chichillo?

CHICHILLO.— Yo he traído los adornos. Van a ver qué recios. ¿Saben? Vamos a arreglar este cuarto como una boîte. (Desenvuelve un gran paquete). Miren. Aquí están las cadenillas, los faroles, las banderitas. Miren ésto. (Extiende un rollo de cartulina con grandes y toscas letras pintadas que dicen: "Voite Peor es Nada"). ¿Ven que tal macanudo?

MALILO.— ¿Y, para qué es ésto?

CHICHILLO.— Es pues el letrero de nuestra boîte. Vamos a ponerlo ahora mismo. (Con unos chinchos lo coloca en la parte más adecuada de la pared). Ya está. Ahora ayúdenme a poner estos adornos. (A los demás).

CHCHOCOLULO.— (Mirando el letrero). ¡Ah, ché! Chichilo, te has pelado en tu letrero.

CHICHILLO.— ¿Por qué, ché?

CHCHOCOLULO.— Porque boîte se escribe con B de burro.

TODOS.— ¡Claro! ¡Claro!

CHICHILLO.— (Medio confundido, pero tratando de salvar su error). Oh, ché. Está bien no más. Además yo no he querido poner B de burro por no hacer alusiones personales.

CHCHOCOLULO.— Por no poner tu retrato, querrás decir.

TODOS.— (Rien). ¡Já, já, já!

SUPLEMENTERO 1º.— ¡Te ha embromado el Chchocolulo!

CHICHILLO.— No importa. Ahora van a ver ésto. (Desdobra unos trozos de tela roja con toscos monogramas y figuras, imitando a las que cubren los atriles de música de las orquestas de jazz, y los coloca en la cara anterior de algunos cajones y los pone en semicírculo hacia el ángulo del lado derecho de la escena). Esto sí que es un písto macanudo para nuestra orquesta. (Mientras prepara). ¿En qué lugar vamos a poner a los músicos? (Se detiene en el lado derecho). Aquí. En este rincón. (Mientras algunos colocan los adornos en las paredes, otros le ayudan a situar los cajones. Al terminar, y ufano de su obra). ¿Ven que tal recio ha quedado?

TODOS.— ¡Macanudo, ché!

CHICHILLO.— (Incorporándose como para dominar a sus compañeros). Señores cumpas: ¡Viva la boîte "Peor es Nada"!

TODOS.— ¡Que vivaaa!

MALILO.— Ché. ¿Y, cuántas chicas han de venir?

CHICHILLO.— Van a venir la "Chota", la "Ulu-pica", la "Carmen Miranda", la "Lunareja", la "Pipi-si" y no sé que otras más.

CHCHOCOLULO.— ¡Macanudo, ché!

ESCENA VII

Dichos y el ACHACHI y el CHCHAPI que entran por puerta izquierda con sus paquetes al brazo.

MALILO.— (Mirando puerta izquierda). Ahí está el Achachi.

(Todos miran hacia lado indicado y muestran gran complacencia por los que llegan, especialmente por el Achachi).

ACHACHI.— Buenas noches, compañeros.

TODOS.— Buenas noches, Achachi.

ACHACHI.— (Como buscando a alguien entre los que le rodean). Guayruru, ¿no ha venido todavía el Khacha Mocito?

GUAYRURU.— Ha estado aquí, pero se ha ido.

ACHACHI.— ¿No ha dicho que ha de volver?

CHCHOCOLULO.— Se ha ido apurado y medio enojado, amenazando no sé con qué cosas.

ACHACHI.— ¿Y ya está todo listo?

GUAYRURU.— Sí. Casi todo.

MALILO.— Pero, falta, pues, lo principal.

ACHACHI.— ¿Qué?

MALILO.— Las chicas, pues. (Mira hacia puerta izquierda y escucha). Ah, ché. Creo que ya están viniendo.

ESCENA VIII

Dichos y el CHCHAPI que entra con su paquete y precediendo al grupo de las muchachas que entran enseguida y son la CHOTA, la ULUPICA, la CARMEN MIRANDA, la LUNAREJA y la PPISI y varios otros suplementeros y muchachas en número suficiente para animar una fiesta en la escena. Todos los que entran saludan cordial y alegremente a los que encuentran con la confianza de amigos y camaradas.

CHCHAPI.— (Con aires de importancia por la compañía). Ché, cumpas. Aquí están las chicas. Me he traído por lo pronto media docena no más.

TODOS.— (Por las chicas). ¡Bravo! ¡Bravo! (las rodean con deferencia e interés).

CHCHAPI.— El Curcuncho está viniendo con las otras chicas y la orquesta.

ACHACHI.— (Llamando la atención de todos para que le escuchen y con seria autoridad). Ché. Oiganme un momento. Yo, francamente no quería que la fiesta sea en mi cuarto.

CHCHOCOLULO.— ¡Oh, ché! Pero si es, pues, la fiesta de nuestro club. Y, además, en la sesión, jay, se ha resuelto.

ACHACHI.— Por eso digo. Yo no quería. Pero, ya que se ha resuelto, tiene que haber. Pero, con una sola condición, ché. Tienen que portarse bien todos. A las chicas tienen que tratarlas como a señoritas.

CHICHILO.— Sí, ché. Digan no más. ¿Quieren portarse como caballeros, o como lo que somos?

MALILO.— Como suplementeros y lustrabotas decentes. ¡Claro!

ACHACHI.— Otra cosa más. Nada de boches ni pependencias. ¡Al primero que embrome lo voy a sacar del cogote!

CHCHOCOLULO.— Eso está bien, ché. Además, fíjense. Aquí los muebles son bien finos y hay que sentarse con cuidado. (Señala los cajones).

GUAYRURU.— (Aprovechando del silencio de los circunstantes). Ché. Una cosa. ¿Se han traído todos su vaso?

TODOS.— (Sacando su respectivo vaso del bolsillo). Sí. Sí. Aquí está el mío. El mío también. Sí.

ESCENA IX

Dichos y **CURCUNCHO**, precediendo otro grupo de muchachas y un grupo de suplementeros provistos de sus armónicas, maracas, alguna guitarra y mandolinas y cuanto instrumento pueden ejecutar en escena.

CURCUNCHO.— Aquí estoy, ché, cumpas. He traído un refuerzo de chicas voluntarias y mi gran orquesta.

TODOS.— ¡Bravo! ¡Bravo! (aplauden con palmas y silbidos).

(Los que entran saludan cordialmente a los que están en escena y se establece un animado ambiente preludiando la fiesta).

CHCHOCOLULO.— Creo que ya estamos todos. Podemos comenzar.

CHICHILO.— (Mostrando los cajones que ha preparado para la orquesta). Ché, Curcuncho. Mirá lo que te lo he preparado para la orquesta.

CURCUNCHO.— (Mira lo indicado). Ah, ché. Está bien recio. (A los músicos). A ver, vengan aquí, ché. (Los coloca y él se para al centro como director).

CHICHILO.— (Corriendo a colocarse al lado del Curcuncho). Yo voy a ser el animador.

(Cuando la orquesta está lista los demás concurrentes se colocan junto a las paredes dejando libre el espacio central, toman asientos las muchachas en la cama de la Guayruru, en las sillas, cajones y de la manera que pueden estar más cómodas; los muchachos de pié forman grupos en gran expectativa y alegría).

CHCHOCOLULO.— (En el momento que hay mas silencio esperando el comienzo de la orquesta, pendientes de la batuta improvisada del Curcuncho. Salta al centro y con actitud de picardía). Ché. Una cosa. ¿No fuera mejor que antes nos repartan los sandwiches?

MALILO.— Nó, ché. No seas ganso.

CHCHOCOLULO.— Es que ya tengo hambre.

TODOS.— ¡Cállese!... ¡Siéntese!... ¡Hambriento!

CHCHOCOLULO.— (Corrido y sonriente). Bueno, ché. Yo he estado diciendo no más. (Se retira a su sitio).

CURCUNCHO.— Cállense, ché. Vamos a comenzar. (Se vuelve a los músicos y haciendo como que dirige la ejecución). ¡Atención! Una... dos... y tres!

(Los músicos tocan un trozo de marcha a guisa de introducción).

(Terminada la ejecución que debe ser corta y sólo para iniciar el programa musical, todos aplauden con alegre entusiasmo).

CHICHILLO.— (Avanzando hacia el centro). Y, ahora, señores y señoritas cumpas, vamos a ejecutar el estreno de una pieza que se titula "Guayrurito", que está dedicada a nuestra linda dueña de casa. He dicho. (Hace una venia y vuelve a su sitio).

TODOS.— (Aplauden y palmean). ¡Bravo, bravo!

CHICHILLO.— ¡Gracias, señores! Y, con este primer número se estrena también nuestra elegante boîte "Peor es Nada".

TODOS.— ¡Bravo! ¡Bravo!

MALILO.— ¡Viva la boîte Peor es Nada!

TODOS.— ¡Que viva!

CURCUNCHO.— (Vuelve a llamar la atención). ¡Chiiiiit! Silencio.

(La orquesta ejecuta la pieza titulada "Guayrurito" y todos los presentes llevan en sus sitios el compás con el balanceo del cuerpo).

(A) repetir la pieza, Chichilo inicia el canto de la letra que recitó Curcuncho en la escena primera, y que pronto es coreada por todos los actores).

(Terminada la ejecución, todos aplauden).

CHICHILLO.— (Se adelanta para agradecer en nombre de los músicos). Bueno. Ahora vamos a tocar para que bailen.

TODOS.— ¡Sí, sí (se apresuran a tomar parejas).

CHICHILLO.— Ché. Pero, el primer baile especial, va a ser para los dueños de casa: la Guayruru y el Achachi.

TODOS.— Sí. Eso es. ¡Que bailen! (Vuelven a dejar libre el espacio central).

ACHACHI.— (Saliendo al centro). ¡Gracias! (Invita a Guayruru).

(La orquesta ejecuta una pieza popular a cuyo compás bailan los indicados, mientras todos siguen con entusiasmo y agrado los pasos de los bailarines y algunos se suman a la orquesta improvisando batería con cualquier objeto sonoro).

(Terminada la pieza, que debe ser breve, todos aplauden, mientras la pareja que bailó se retira a sus asientos).

CHICHILLO.— Ahora, baile para todos. ¡A pescar pareja se dijo!

(Los que pueden tomar del brazo a una muchacha salen al centro. La orquesta toca un baile de moda, en lo posible una conga o un bugui para dar ocasión a que los actores parodien las figuras de baile con la mayor amenidad y comicidad posible).

(Al terminar la pieza ejecutada, todos aplauden y quedan a la expectativa de que la orquesta inicie otra pieza).

ESCENA X

Dichos y COMISARIO y SARGENTO. que entran bruscamente por la puerta izquierda en actitud autoritaria y solemne, tanto que todos los presentes quedan presas de extraña sorpresa).

SARGENTO.— (Al Comisario). ¡Aquí es, mi Jefe!

(Al ver al Sargento y al Comisario todos se quedan serios. El que se pone más inquieto es el Curcuncho, que se apresura a esconderse primero entre sus compañeros y aprovecha del momento en que nadie lo ve para escurrirse sigilosamente hasta hacer mutis por la puerta izquierda).

COMISARIO.— ¿Esta usted seguro, Sargento?

SARGENTO.— Sí, mi Jefe. Aquí siempre es.

COMISARIO.— (Mirando a todos con severidad). Esta fiesta quiere decir que, a lo mejor, ya han vendido lo robado! Vamos a ver. (Al Sargento). Busque usted allí adentro. (Señala puerta derecha).

ESCENA XI

Dichos, menos CURCUNCHO y SARGENTO

COMISARIO.— (Hosco y autoritario busca por todos los rincones y acercándose a la cama de Guayruru la revuelve torpemente. Todos lo miran hacer llenos de inquietud).

CHICHILO.— (Toma por el brazo a Chchocolulo y le dice en reserva). Ché. ¿Qué es?

CHCHOCOLULO.— No sé, ché. Estará, pues buscando algún robo.

CHICHILO.— ¡Ah, caray! Pero, aquí, en la casa del Achachi qué va a haber nada robado.

CHCHOCOLULO.— Claro. Cualquiera puede ser menos él.

COMISARIO.— (Después de buscar en vano, vuelve a primer término y exclama amenazadoramente). ¡Aquí tiene que aparecer!

CHICHILO.— (Comedido y adulator). ¿Qué cosa, mi Jefe?

COMISARIO.— ¡Cómo, qué cosa! ¡Lo que han robado, pues, al gringo del hotel!

CHCHOCOLULO.— ¿Qué cosa, pues, era, mi Jefe? (burlón) ¿Quiénsabe su automóvil?

COMISARIO.— ¡Sí! ¡Hágase no más el sonso! Una máquina fotográfica que costaba más de veinte mil pesos y un reloj de oro.

CHICHILO.— ¡Ah, caray! ¡Qué vamos a ser nosotros, mi Jefe! Eso se habrán robado pues los rateos internacionales.

COMISARIO.— Los datos son precisos. Y, de aquí tenemos que sacar. O van a ir todos ustedes a la Policía.

CHICHILO.— Pero ¿cómo pues, en el cuarto del Achachi, mi Jefe?

COMISARIO.— No sé. Pero dice que aquí está el robo.

ESCENA XII

Dichos y SARGENTO

SARGENTO.— (Entra por derecha llevando ostensiblemente una máquina fotográfica de turista y un reloj pendiente de su cadena). Mi, Jefe. Aquí siempre había estado el robo.

COMISARIO.— ¿Dónde lo ha encontrado?

SARGENTO.— Debajo del colchón de aquella cama, mi Jefe. (Indica puerta derecha).

COMISARIO.— (Aproximándose a puerta derecha). ¿De cual cama?

SARGENTO.— (Indicando con la mano). De aquella del rincón, mi Jefe.

COMISARIO.— (A todos). ¿De quién es esa cama?

ACHACHI.— (Avanza de entre el grupo). Esa cama que usted dice es mía, señor Comisario.

COMISARIO.— (Tomando y enseñando las cosas robadas). Entonces, ¿usted ha robado esto?

ACHACHI.— (Con sincera dignidad). Nó. Yo no he robado ni ocultado nada.

COMISARIO.— ¡Ah! ¿Con que, se niega usted? ¡Eso ya vamos a ver en la Policía! (Al Sargento). ¡Llévelo, Sargento!

SARGENTO.— Es su orden, mi Jefe. (Toma al Achachi por el brazo). ¡Vamos!

GUAYRURU.— (Corre a abrazarse del Achachi, afligida). ¡Nó, Achachi! ¡Que no te lleven! ¿Acaso vos eres el ladrón?

ACHACHI.— (Con tristeza y ternura). No te aflijas, Guayruru. Debe ser un equívoco. Voy a estar regresando pronto.

GUAYRURU.— (Enlazándole por un brazo y colocándose a su lado como para salir). Entonces yo voy con vos.

ACHACHI.— Nó, Guayruru. Mejor es que no pises la Policía.

CHCHAPI.— (Acercándose a Guayruru y diciéndole con reserva y convencimiento). ¡No vayas, Guay-

ruru! ¿Acaso no te acuerdas de esa noche, cuando nos hemos conocido?

ACHACHI.— (Desasiéndose cariñosamente del brazo de la muchacha). Sí, Guayruru. Quedate no más.

COMISARIO.— (Al Sargento y al Achachi). ¡Vamos! (Sale por derecha).

SARGENTO.— Es su orden, mi Jefe. (A Achachi). ¡Vamos!

ACHACHI.— (Desde medio mutis). Compañeros. Sigán no más. Yo voy a regresar pronto. (Llamando con una señal al Chchapi). Ché, Chchapi. Vos vas a acompañar y cuidar bien a la Guayruru.

CHCHAPI.— (Emocionado). Sí, hermanito. Yo la voy a hacer respetar como se debe!

(Salen por derecha Achachi seguido por el Sargento).

(Todos se quedan bajo la presión de su tristeza y guardando inmovilidad y silencio, con las cabezas bajas).

ESCENA ULTIMA

Dichos, menos **COMISARIO, SARGENTO y ACHACHI.**

CHCHAPI.— (Rompiendo penosamente el silencio, al ver la actitud de Guayruru de seguir a Achachi).

Tomándola entre sus brazos). ¡Guayruritu! ¡Nos quedaremos no más! ¡Qué vas a hacer!...

GUAYRURU.— ¡Ladrón, mi Achachi! ¡Nunca! (agobia su cabeza con un gesto de pesar).

CHICHILLO.— (Tratando de sacudir la pena de todos, y con forzado optimismo). Bueno, ché. Creo que no ha de ser nada. Seguiremos, como nos ha dicho el Achachi. (Buscando entre sus compañeros). ¡Ché, Curcuncho! (Al no verlo, lo llama más fuerte). ¡Curcuncho! ¿Dónde se ha metido el director de la orquesta?

MALILO.— Creo que ha desaparecido...

CHICHILLO.— ¡Caramba! ¿Por qué se habrá escapado? (Pausa). Bueno. Aunque sea yo dirigiré la orquesta. (Se coloca ante los atriles improvisados).

GUAYRURU.— (Se le aproxima en actitud triste). Nó, Chichilo. Mejor ya no toquen. ¿Cómo vamos a seguir de fiesta cuando al pobre Achachi se lo han llevado? (se tapa la cara con las manos, sollozando).

MALILO.— Sí, ché. Mejor ya no haremos nada.

TODOS.— Sí. Sí.

CHICHILLO.— (Con pena y cierta burlona actitud). ¡Caray, ché! ¡nos lo han embromado el estreno de la boîte Peor es Nada!

CHCHOCOLULO.— Ché. Entonces, siquiera los sandwiches que nos repartan.

MALILO.— ¡Oh, ché! ¡Dejate de sonceras! Ya no hay ganas para nada. Mejor vamos a la policía. Iremos a saber qué es del Achachi.

TODOS.— (Siguen a Malilo). Sí. Vamos. Vamos. (Salen todos en tropel. Solo quedan en escena Guayruru y Chchapi).

CHCHOCOLULO.— (Después de haber salido con sus compañeros, vuelve a entrar corriendo, toma de la mesa una de las marraquetas y sale con ella; pero vuelve de medio mullis para tomar otra marraqueta). Esta, (por la segunda marraqueta que tomó) se la voy a llevar por si acaso, al Achachi.... (sale corriendo, mientras cae el

TELON

ACTO TERCERO

El mismo escenario que el del acto anterior; pero sin los objetos y disposición y de muebles y adornos que anunciaban la alegre fiesta; al contrario, reina en la escena tristeza y abandono.

ESCENA I

La **GUAYRURU** y el **CHICHILO**, que entra por puerta izquierda con los periódicos de venta debajo del brazo y en una mano dos empanadas salteñas envueltas en un papel. La Guayruru se halla sentada sobre su cama, recostando alguna prenda de ropa.

CHICHILO.— (Entrando). ¿Cómo estás, Guayruru?

GUAYRURU.— Así no más. ¿Y, has averiguado algo?

CHICHILLO.— ¡Caray, Guayrurito! La cosa está más embromada. Lo han pescado al pobre Chchapi más.

GUAYRURU.— (Con penosa sorpresa). ¿Deveras? ¿Y, por qué?

CHICHILLO.— Porque dice que es cómplice en el robo.

GUAYRURU.— ¿Has hablado con el Chchapi?

CHICHILLO.— No he podido verlo. Dice que está incomunicado.

GUAYRURU.— ¿Y, lo has visto al Achachi?

CHICHILLO.— Tampoco. Mas bien, con un preso que estaba saliendo cuando yo esperaba frente a la policía me ha hecho decir que te digamos que, a lo mejor a vos también pueden apresarte y que debes ocultarte y dejar esta casa para que no te encuentren. Dice el Achachi que por nada debes dejar que te lleven a la Policía y que te vayas a ocultar a la casa de alguno de los amigos.

GUAYRURU.— (Afligida). ¿Y, dónde puedo ir yo pobre?

CHICHILLO.— (La mira con pena, luego le alcanza las empenadas). Ché, Guayrurito, primero servite estas salteñitas. Creo que estás sin comer nada desde ayer.

GUAYRURU.— (Recibe y se pone a comer con desgano). ¡Gracias, Chichilo!

CHICHILLO.— (Mientras su amiga come). ¿Sabes? Yo te llevara a mi casa, pero como ahí mismo tiene su querida el sargento que ha venido aquí la otra noche, a lo mejor te vé allí y te pescan peor. (Pausa). ¡Caramba!... ¿A la casa de quién te fueras?... Porque eso tienes que hacer hoy día mismo.

GUAYRURU.— Eso, pues, Chichilo ¿Qué hago?

CHICHILLO.— Lo malo es que casi todos los cumpas viven como quiera. En ninguno de sus cuartos hay seguridad. (Después de una pausa en que ha estado meditando, se dá un golpe en la frente). ¡Ah, sí! ¡Ya sé donde te puedes ir! Ahí sí que vas a estar bien segura, porque no ha de haber quién te vea.

GUAYRURU.— (Con interés y ansiedad). ¿Dónde de quién?

CHICHILLO.— A la casa del Khacha Mocito. Vive detrás del Panteón, en una casita de indios. No hay más arrendero que él y es un lugar bien seguro. ¿Qué te parece? ¿Quieres que le diga ahora mismo?

GUAYRURU.— ¡Ay, Chichilo! No quisiera ir donde el Khacha Mocito.

CHICHILLO.— Pero, ¿por qué?

GUAYRURU.— No sé. Me dá miedo ese.

CHICHILLO.— Pero más miedo dá la Policía. De ahí no se sale así no más. Tienes que animarte, Guayrurito. No hay otra parte donde te puedas ocultar.

GUAYRURU.— (Con creciente angustia). ¡Ay, Chichilo! ¡No sé lo que voy a hacer!...

CHICHILO.— Tienes que ir no más. Además ¿sabes? se me ha ocurrido que para que no te reconozcan, hasta puedes vestirme de imilla. (Riendo). ¡Caray! Vas a ser una imillita bien recia.

GUAYRURU.— Tengo tan mala suerte que me parece que me va a pasar algo malo.

CHICHILO.— (Optimista). Nó, ché. No creas eso. Vas a estar no más bien. (Después de una breve pausa mira los periódicos que lleva y se incorpora vivamente). ¡Ah! ¡Ché!... ¡Me había estado olvidando de estos periódicos! ¡A lo mejor me puedo "chacar" con todo esto! (disponiéndose a salir). Bueno. No tengas pena, Guayrurito. En cuanto acabe de vender voy a venir otra vez. Mejor ya no salgas a la calle. (Carinoso). ¿Qué quieres que te lo traiga para comer?

GUAYRURU.— Lo que vos quieras, Chichilo. ¡Gracias!

CHICHILO.— Entonces, voy. (Sale por izquierda).

EECENA II

GUAYRURU y luego KHACHA MOCITO

GUAYRURU.— (Al quedarse sola, se pone triste y pensativa y vencida por sus tristes reflexiones acaba por llorar).

KHACHA MOCITO.— (Entrando por puerta izquierda). Ché, Guayruru. Buenas tardes.

GUAYRURU.— (Secándose el llanto). Buenas tardes.

KHACHA MOCITO.— ¿Por qué estás llorando?

GUAYRURU.— Porque me acaban de avisar que al Chchapi más lo han metido preso esta mañana.

KHACHA MOCITO.— ¡Ah, sí? Seguro, pues, que él más está comprometido en el robo.

GUAYRURU.— (Con altivo reproche). ¿Pero, vos crees que ellos son siempre los ladrones?

KHACHA MOCITO.— Yo no sé. Lo único que digo es que aquí (señala la puerta derecha) yo mismo he encontrado las cosas robadas.

GUAYRURU.— (Sorprendida). ¿Vos? ¿Pero, acaso vos has estado el rato que ha venido la policía?... (Dando muestras de haber concebido una idea repentina y terrible). ¡Ah!... Entonces... vos... Vos lo has denunciado al Achachi! ¡Sí, vos! ¡Y, por eso no has regresado esa noche!

KHACHA MOCITO.— (Confundido momentáneamente por su imprudente declaración y tratando de enmendarla). Es decir... Yo, no... Este.... Así dice que ha encontrado la policía. (Transición). Bueno. Eso es otra cosa y ya no tiene remedio. Los rateros tienen no más que pagar sus habilidades. En cambio, vos, Guayruru, no debes sufrir por ellos. ¿O qué dices?

GUAYRURU.— Y, sin embargo, a lo mejor yo también he de tener que ir a la policía.

KHACHA MOCITO.— ¡No digas sonceras! ¿Cómo, pues! ¿No es cierto que vos nada tienes que hacer con eso?

GUAYRURU.— Tampoco el Achachi ni el Chchapi tenían nada que hacer y los han metido no más a la reja!

KHACHA MOCITO.— ¿Así que ahora estás solita?

GUAYRURU.— Sí. (Penosa). Y, dicen que a mí más pueden venir a buscarme los de la policía.

KHACHA MOCITO.— Eso cabalmente me ha dicho el Chichilo ahí afuera. ¿Sabes? Por eso he entrado a decirte que te vayas conmigo. Yo te voy a ocultar bien en mi casa. Recoge tus cosas y ahora mismo podemos irnos. (Jactancioso). ¡Fíjate! ¡Hasta en automóvil te voy a llevar para que no te vean en la calle! Así es que apurate. Vamos.

GUAYRURU.— (Permanece inmóvil y con gesto serio). Te agradezco. Pero, mejor, me quedaré aquí no más.

KHACHA MOCITO.— Pero. Es que te pueden pescar.

GUAYRURU.— Nó. Yo me voy a estar ocultando no más en cualquier parte.

KHACHA MOCITO.— Pero, vamos a mi casa, mejor.

GUAYRURU.— (Recelosa). A tu casa, nó, Khacha Mocito.

KHACHA MOCITO.— Pero, ¿por qué? A ver, dime.

GUAYRURU.— (Con resolución). ¡Porque, nó!

KHACHA MOCITO.— (Mirándola a la cara inquisitivamente). ¿No me tienes confianza?

GUAYRURU.— (Sosteniendo la mirada con firme franqueza). Nó, Khacha Mocito. Yo no puedo tener confianza con vos.

KHACHA MOCITO.— (Con amargura y afecto). ¡Como si no supieras que yo te quiero más que todos! ¡Como si no te constara que hace tiempo que te quiero!

GUAYRURU.— Por eso mismo, pues, es que me das miedo.

KHACHA MOCITO.— (Con creciente ternura). ¿Pero, cómo has de tener, pues, miedo del que te quiere? ¡A ver, dime!... Mas bien eso debe alegrarte. Debes ser buena conmigo. Ya te he dicho tantas veces. ¿Qué vas a hacer aquí con el Achachi? Mirá. Mas bien que esa ésta la ocasión. Mientras él está preso. Hasta tiene la mejor disculpa.

GUAYRURU.— ¿Qué disculpa?

KHACHA MOCITO.— Que no puedes seguir viviendo con un ladrón.

GUAYRURU.— (Reaccionando con indignación). ¡Nó! El Achachi no es ladrón. ¡Eso sí que nó!

KHACHA MOCITO.— Bueno. Pero, de todas maneras está preso. Está encerrado entre los ratones.

GUAYRURU.— Nada más que por una mentira o una calumnia de alguien que lo aborrece.

KHACHA MOCITO.— Supongamos eso más. Pero, ahora, vos estás solita. ¿Qué vas a hacer aquí? ¿Con qué vas a comer? Mira. No seas sonsa. Vámonos a vivir conmigo. Yo te voy a dar todo. Te lo voy a comprar vestidos, zapatos, abrigo, medias de seda. Todo lo que vos me pidas con tal de que estés conmigo. Voy a ser ya contratista como te he dicho la otra vez. Y estoy pensando poner un kiosco de revistas. Ahí puedes estar bien, como señorita.

GUAYRURU.— (Como alucinada por lo que oye, va demostrando por su actitud de interés que va cediendo a la seducción de las promesas de su amigo). Pero, dejarlo así al Achachi. ¡Después de que él me ha recogido de la calle, me ha traído a su casa y ahora me quiere como a una hermana!

KHACHA MOCITO.— (Aumentando su tono de encarecimiento al notar la vacilación de la muchacha). Pueden seguir queriéndose como hermanos. A eso ni yo me he de oponer. (Mirándola con ansiedad) ¿Ya?... ¿Te animas?

GUAYRURU.— ¿Cómo fuera?... Pero, no sé por qué, me da siempre pena dejarlo.

KHACHA MOCITO.— Peor es que te pesque la Policía. Además ¿acaso el mismo Achachi no te ha

mandado decir que te vayas a la casa de algún amigo? ¿Quién más que yo para eso? ¿Quieres?

GUAYRURU.— (Pensativa). Francamente. No sé qué hacer, ché.

KHACHA MOCITO.— (Más animoso). Bueno dí, de una vez y vámonos ahora mismo.

GUAYRURU.— Bueno. Haremos una cosa.

KHACHA MOCITO.— (Con interés). ¿Qué?

GUAYRURU.— Esperá hasta esta tarde. Nos vamos a ir cuando esté más oscura la calle.

KHACHA MOCITO.— ¿Para qué vas a esperar más? Mejor ahora mismo vámonos.

GUAYRURU.— Nó. Más bien regresá más tarde. Hasta mientras voy a esperarte con mis cosas recogidas y todo.

KHACHA MOCITO.— Vaya, pues. Ya que tanto quieres así. Pero, ¿me das palabra?

GUAYRURU.— ¡Palabra!

KHACHA MOCITO.— ¡Cuidado que me hagas venir de balde!...

ESCENA III

Dichos y **CURCUNCHO**, que entra por puerta izquierda.

CURCUNCHO.— Buenos días, Guayrurito.

GUAYRURU.— Buenos días, Curcuncho.

KHACHA MOCITO.— (Desdeñoso). Hola, como estás?

CURCUNCHO.— Medio embromado, ché, ¿Y vos?

KHACHA MOCITO.— Bien, ché. Estoy preparándome para ser contratista.

CURCUNCHO.— ¿Cierto? ¡Ah, caray! ¡Ya no nos conocerás, pues!

GUAYRURU.— ¿Has sabido lo que lo han arrestado al Chchapi más?

CURCUNCHO.— (Con profunda desazón). ¡Oh! ¡No me digas!

GUAYRURU.— Sí, pues. Por eso me estoy para ir a la casa del Khacha Mocito. ¡Me he quedado tan solita!... (llorando).

KHACHA MOCITO.— Oh, ché. No llores. Ya está arreglado. Más bien empezá a recoger tus cosas. Voy a salir un rato y vuelvo más tarde. Hasta luego. (A Curcuncho). Adiós, Curcuncho. (Sale).

ESCENA IV

GUAYRURU y CURCUNCHO

CURCUNCHO.— (Contempla con profunda pena a la muchacha que llora sentada sobre el borde

de su cama). ¿Cierto? ¿Te vas a ir, entonces, con el Khacha Mocito?

GUAYRURU.— ¡Desde que no hay otra parte a donde ir!

CURCUNCHO.— (Con triste ternura) ¡Ay, Guayrurito! ¡Yo no quisiera que te vayas donde el Khacha Mocito!

GUAYRURU.— Yo tampoco quisiera. ¿Pero, qué voy a hacer? ¿A ver, dime?

CURCUNCHO.— (Cada vez más alarmado) Si te vas a su casa, seguro que te ha de atajar no más a vivir con él. ¡Y, eso sí que yo no he de permitir, Guayrurito!

GUAYRURU.— Sí, pues. Me dá mucha pena dejarlo al Achachi.

CURCUNCHO.— (Con profunda intención y ternura). ¿Y, vos, crees, Guayrurito, que el único que ha de llorar por vos ha de ser el Achachi?

GUAYRURU.— Es el único que me quiere de veras.

CURCUNCHO.— (Apasionado). Nó, Guayrurito. Vos no sabes que hay otro que te quiere más todavía.

GUAYRURU.— ¿Quién puede ser?

CURCUNCHO.— Uno que te quiere bien calladito. Uno que por vos es capaz de hacer cualquier cosa; que ya ha hecho una cosa terrible, nada más que por tener harta plata para comprártelo vestidos

y todo lo que le pidas con tal de que le quieras siquiera un poquito. Uno que está sufriendo lo que no te imaginas por la imprudencia que ha hecho nada más que por conseguir tu cariño!

GUAYRURU.— ¿No me estás hablando vos también del Khacha Mocito? Mirá, Curcuncho. A vos te voy a decir como a un hermano lo que no le he querido decir a ese. Yo no quiero al Khacha Mocito ni a nadie más que al Achachi. Sólo porque él me ha dicho que no vaya a la Policía, por eso no más no he ido junto con él, el día que lo han arrestado. Ahora también porque él me ha mandado decir que me oculte de la Policía, por eso me voy a ir donde el Khacha Mocito.

CURCUNCHO.— Nó, Guayruru. ¡No debes ir con ese! Yo sé lo que te digo.

GUAYRURU.— ¡Pero, qué voy a hacer?... Salvo que apareciera el ladrón y entonces lo largaran al Achachi. (Con angustia). ¿Vos no sabes quien puede ser el ladrón?

CURCUNCHO.— (Sombrio). ¿El ladrón?

GUAYRURU.— Ese malvado que lo ha hecho calumniar a mi pobre Achachi, y que ahora me va a exponer a que me vaya con uno que me da tanto miedo. (Suspirando). ¡Ay, si yo pudiera saber quien es!...

CURCUNCHO.— ¿Qué le harías, Guayruru?

GUAYRURU.— No sé. Yo creo que le arrancaría los ojos con mis uñas. (Con fiereza).

CURCUNCHO.— ¿No le perdonarías por nada?

GUAYRURU.— (Implacable). ¡Nó!

CURCUNCHO.— (Patético). ¿Ni siquiera porque te dijera, llorando, que todo eso ha hecho porque te quiere, porque quería hacerte dichosa con lo que ha robado?

GUAYRURU.— (Severa). No me digas sonseras, Curcuncho. ¡Cómo, pues, me han de hacer dichosa separándome de mi Achachi? ¡A ver, dime?... Ese debe ser un malvado. ¡Uno que tenía envidia de mi Achachi!

CURCUNCHO.— (Con amargura). ¡Y, qué tal fuera, Guayrurito, que ese malvado, al ver que estás triste, se arrepintiera; que viera que se ha equivocado al creer que con su robo iba a ganar tu cariño; que, ahora, para sacrificarse una vez más por vos, corriera a la Policía a declarar que él ha sido el único ladrón?

GUAYRURU.— (En un raptó de alucinada esperanza). ¡Y, que lo hiciera largar al Achachi para que se venga!...

CURCUNCHO.— (Gravemente). Si. ¿Qué hicieras con ese pobre ladrón arrepentido?

GUAYRURU.— (Fendiente de su imaginaria esperanza). ¡Ah! Entonces, creo que fuera capaz hasta de besarlo de agradecimiento.

CURCUNCHO.— (Como si una consoladora ilu-

sión brotara de en medio de su amargura). ¿Deverás, Guayrurito? ¿Lo besarías?...

GUAYRURU.— Si. Por mi Achachí hiciera cualquier cosa.

CURCUNCHO.— (Con misterio). ¡Caray! Entonces, iré. A ver si lo encuentro al ladrón. Mirá. Te juro que no he devenir más aquí hasta que lo encuentre y hasta que lo suelten a tu Achachí.

GUAYRURU.— (Aproximándosele con ansiosa esperanza). ¿Deverás, Curcuncho? ¿Fuera capaz de encontrar al ladrón?

CURCUNCHO.— (Sombrio). Sí. Yo sé dónde está. Yo lo voy a llevar ahora mismo a la Policía.

GUAYRURU.— ¿Entonces sabías quién era? ¿Y sabiendo, has dejado que le hagan eso al Achachí y que a mí me hagan sufrir tanto? ¿Por qué no has hablado desde antes?

CURCUNCHO.— (Con amargura). Porque creía que ese pobre ladrón iba a ser feliz consiguiendo lo que quería.

GUAYRURU.— ¿Qué cosa?

CURCUNCHO.— (En brusca transición pugna por sacudir su amargura y trata de mostrarse alegre y entusiasta). Mas bien, ya no hablaremos de eso. Correré a entregarlo a la Policía para que pague de una vez su delito y para que vos no te vayas con el Kha-cha Mocito!

GUAYRURU.— (Con alborozo prematuro). Y, para que se venga prontito mi Achachí ¿no?

CURCUNCHO.— (Con profunda intención y lentas y recalcadas palabras). Para que seas feliz, Guayrurito. (Con tierna y dolorida súplica). Y, ahora, sólo te pido una cosa, como si con eso me estuvieras pagando para que lo entregue al ladrón.

GUAYRURU.— Todo lo que quieras con tal de que lo lleves al malvado ese a la policía. ¿Qué es lo que quieres?

CURCUNCHO.— Que a este Curcuncho feo, en el que nunca te has fijado para nada, el más despreciado de todos tus amigos, le des... un beso.

GUAYRURU.— Pero, juras que ahora mismo has de denunciar al ladrón?

CURCUNCHO.— ¡Sí! ¡Te lo juro por Dios!

GUAYRURU.— (Se aproxima con toda llaneza a Curcuncho, le toma la cabeza entre sus manos y le dá un beso en la mejilla). Tomá.

CURCUNCHO.— (Con intensa emoción). ¡Gracias, Guayrurito! Con eso me contento para toda mi vida. Ahora me voy. Tengo que ir a entregar al ladrón. (Sale sin volver la cabeza).

ESCENA V

GUAYRURU y KHACHA MOCITO

GUAYRURU.— (Especta la salida de Curcuncho y queda unos momentos pensativa). ¿Será cierto? ¿Por qué me habrá dicho todas esas cosas?... ¿Volverá siempre mi Achachi?... (Queda nuevamente embargada en sus pensamientos).

KHACHA MOCITO.— (Entra por izquierda llevando un bulto envuelto en papel). ¿Ya estás lista, Guayruru?

GUAYRURU.— (Saliendo de su abstracción al notar la presencia del recién llegado). Ay. Me has asustado, Khacha Mocito!

KHACHA MOCITO.— (Con irónico reproche). Vos siempre te haces la que te asustas cuando yo entro. Creo que haces adrede. Pero, mira. En lugar de asustarte, debes más bien, alegrarte. (Desdosa el lio y enseña un abrigo de mujer adecuado a la talla de la muchacha). Tomá. Te lo he traído para que te pongas ahora mismo y no vayas a mi casa con esa tu traza que dá pena. (Le ofrece la prenda).

GUAYRURU.— (Indecisa al principio, acaba por recibir el abrigo y al mirarlo elegante y tentador, mujer al fin, no resiste al embrujo de contemplarlo con alegría y exclamar) ¡Ay, qué lindo abrigo! ¿Debe costar mucho, no?

KHACHA MOCITO.— (Autoritario). A ver. Póntelo no más. Y no preguntes nada.

GUAYRURU.— (Preso de fascinación). ¿Me lo pongo ahora mismo?

KHACHA MOCITO.— Si para eso te lo he traído.

GUAYRURU.— (Se lo pone con presteza, se mira de uno y otro lado, pasa las manos con fruición por la tela, introduce las manos en los bolsillos y dá unos pasos con coquetería ingenua). ¡Caray! ¡Qué lindo abrigo!

KHACHA MOCITO.— (La contempla con interés). A ver. Dáte la vuelta.

GUAYRURU.— (Obedece y se pone de espaldas). ¿Así?

KHACHA MOCITO.— Sí. (La mira encantado). Ahora andá. Pero con pisto pues, como si fueras una señorita.

GUAYRURU.— (Dá algunos pasos con garbo y regresa para ponerse ante su amigo: al notar que él la contempla con delectación, se ruboriza y se pone encarnada y termina por retirarse). ¡Ja jay, ché! ¿Creo que me estás gozando?...

KHACHA MOCITO.— ¡Estás bien recia! Así, pues, es otra cosa. Ya no estás como una pobre birlochita.

GUAYRURU.— (Prosiguiendo bajo la fascinación de su nueva prenda de vestir, con ingenuidad).

¿Deveras estoy bien? ¿No me estás tomando el pelo?
¿Me sienta siempre?

KHACHA MOCITO.— (Devorándola con los ojos). Claro, pues. Está como a medida. Ya ves. Si con eso no más has cambiado tanto, qué será con toda la ropa que te lo compre! Bueno. Ahora apurate y vámonos.

GUAYRURU.— (Tornando al trance de la realidad). Pero, sabes, Khacha Mocito, no he recogido mis cosas, porque...

KHACHA MOCITO.— No importa, por último. Mejor que no lleves tus trapos. Si en mi casa has de tener todo. (Tomándola del brazo). Vámonos así no más.

GUAYRURU.— (Desasisténdose y con brusca reacción). ¡Nó! ¡Déjame!

KHACHA MOCITO.— (Con extrañeza). ¿Cómo?... ¿No te vas a ir conmigo?

GUAYRURU.— (Con firmeza). ¡Nó, Khacha Mocito! ¡Yo no me voy con vos!

KHACHA MOCITO.— ¿Pero, estás loca?... Un rato dices una cosa y otro rato dices otra. Dime francamente ¿quieres burlarte de mí?

GUAYRURU.— Ni estoy loca ni quiero burlarme de vos. Pero no me voy.

KHACHA MOCITO.— Entonces ¿quieres esperar que llegue la Policía y que te pesque?

GUAYRURU.— Lo que voy a esperar es que se venga el Achachi.

KHACHA MOCITO.— ¡Ah, caray! Entonces vas a envejecerte esperando.

GUAYRURU.— Aunque sea, pues. Pero lo he de esperar. Yo sé que se ha de venir prontito.

KHACHA MOCITO.— (Decidido e imperioso). Lo que veo es que te estás haciendo la interesante conmigo, porque tienes la seguridad de que te quiero. Apenas te has puesto un abrigo nuevo te has vuelto otra clase. Pero no por eso has de hacer tu capricho. (La toma brutalmente por el brazo). Vamos de una vez, ¡o no sé lo que te ha de pasar! ¡Vas a saber que no aguanto disparates! (La impelo torpemente hacia pueria izquierda).

GUAYRURU.— (Llevándose la otra mano hacia el brazo brutalmente cogido y tratando de liberarse). ¡Ay, ay, ay! ¡No me jalones pues así!

KHACHA MOCITO.— (Porfiando). ¡Vas a ir, te he dicho!

GUAYRURU.— (Zapaleando fuerte). ¡Nó, nó y nó!

KHACHA MOCITO.— ¡Vamos! ¡Mirá que me estoy aguantando de quitarte las ganas!

GUAYRURU.— (Sollozando). ¡No quiero ir! Ya te he dicho cien veces. (Indignada). ¡Por último, qué te has figurado! ¡Me habías querido arrastrar como si fuera tu imilla! ¡Si estuviera aquí el Achachi, a

ver si te atrevieras a hacerme ésto!... ¡Atrevido!... ¡Cobarde!...

KHACHA MOCITO.— (En actitud de golpearla). ¡Qué has dicho!...

(Hacia el fondo se escuchan voces de gente que llega con algazara).

GUAYRURU.— (Desasisténdose y escuchando a los que se aproximan). ¡Largame! No sé quienes están viniendo.

KHACHA MOCITO.— (Dejando libre a la muchacha muy a su pesar y escuchando también hacia afuera, y con amenaza y rencor). ¡Te has embromado, pues! ¡Debe ser la Policía! ¡Me alegro!...

ESCENA VI

Dichos y **CHICHILO** y **MALILO** que entran apresurados y alegres, seguidos por un grupo de suplementeros y lustrabotas, y que preocupados en la novedad grata que traen no reparan en las actitudes de embarazo de los que están en escena).

CHICHILO.— ¡Guayrurito! ¿Todavía no sabes la gran noticia?

GUAYRURU.— (Ansiosa). ¿Qué cosa, Chichilo?

CHICHILO.— ¿Lo que ahorita lo van a largar al Achachi?

GUAYRURU.— (Con raptó de alegría). ¿Deveras? ¿Ahorita?

MALILO.— Sí, Guayruru. ¡No había sido el Achachi el ladrón! ¡Ni tampoco el Chchapi!

KHACHA MOCITO.— (Con desagrado). ¿De cómo saben ustedes eso? ¿De dónde han ido a sacar ese cuento?

CHICHILO.— (Con sorna). ¡Ya!... ¡Si ahorita estamos viniendo de la policía, ché! El Comisario nos ha dicho que ahorita, en cuanto llegue el Intendente los van a largar al Chchapi y al Achachi. (A Malilo). ¿No es cierto, Malilo?

MALILO.— ¡Claro!

KHACHA MOCITO.— ¡Seguro que les han tomado el pelo!

MALILO.— ¿Qué quieres apostar? (extiende la mano con el dedo meñique estirado hacia Khacha Mocito). ¡Cien pesitos!... ¡Pero, sin llorarse!

CHICHILO.— (Notando la indecisión de Khacha Mocito). ¡Connmigo otros cien pesos más! ¿Quieres?

KHACHA MOCITO.— (Por toda respuesta inicia con gesto hosco la salida hacia izquierda). Quiero ir yo mismo a ver si es cierto este cuento... (Sale).

ESCENA VII

Dichos, menos KHACHA MOCITO

CHICHILO.— (Mira salir a Khacha Mocito, y con exclamación de burla). ¡Yaaa!... ¡Eso se llama, pues, correrse!...

MALILO.— (Imitando la burla de su amigo). ¡Este Khacha Mocito es pura parada!

GUAYRURU.— (Contenta y esperanzada). ¿Pero, es de veras lo que dicen?

CHICHILO.— (Besando con forzada seriedad la señal de la cruz hecha con la mano). ¡Por Dios, Guayrurito! ¿Cómo pues vamos a venir a burlarnos de vos, sabiendo que estabas tan afligida? (volviéndose hacia los muchachos que los acompañan). Si quieres, preguntale a éstos. Por eso hemos corrido aquí, a preparar algo para recibirlo al Achachi.

GUAYRURU.— Entonces ¿han encontrado ya al ladrón? ¿Quién es?

MALILO.— Sí. Dice que él mismo se ha presentado. Pero no han querido decirnos quién es.

GUAYRURU.— (Compasiva). ¿Quién será, no? ¡Pobrecito!

CHICHILO.— ¡Que le sienten el juicio! A ver, por su causa lo han embromado al Achachi, y hasta al pobre Chchapi. Y, lo que es peor, nos han echado a perder la fiestita que con tanto trabajo, la otra no-

che nos hemos estado haciendo aquí!... ¡Ojalá, de yapa, le peguen una buena tunda más! (Transición alegre). Y, ahora que me acuerdo, en cuanto lleguen el Achachi y el Chchapi tenemos que hacer otra fiestita, para no quedarnos con ganas. ¿Que les parece?

TODOS.— Sí, sí. ¡Macanudo!

MALILO.— ¿Están aquí los de la orquesta?

TODOS.— Sí.

MALILO.— ¿Han traído sus organitos?

TODOS.— Sí. Aquí están (los extraen de los bolsillos).

CHICHILO.— Ah, ché. Pero hay que buscarlo al Curcuncho para que dirija la orquesta. ¿No lo han visto?

MALILO.— Yo lo he visto endenantes corriendo por la esquina de la Policía. Pero, después ya no lo he vuelto a ver.

CHICHILO.— Hay que buscarlo no más, ché.

MALILO.— Yo creo que ya va a caer. A lo menos, si sabe que lo van a largar al Achachi.

GUAYRURU.— (Pensativa). Sí. Yo creo que ha de venir. Porque es el primero que me ha dicho que era seguro que se salga el Achachi.

MALILO.— Entonces hay que preparar la fiesta. A ver ché. Nos acuotaremos. Necesitamos unos diez pesos por nuca para traer papayas, pan y pasteles...

ESCENA VIII

Dichos y CHCHOCOLULO, que entra seguido por otro grupo de suplementeros y lustrabotas.

CHCHOCOLULO.— ¡Ché, cumpas! ¡Ya lo han largado al Achachi! Está viniendo ya. Nosotros hemos corrido para venir a avisarles.

MALILO.— Entonces, ché. Prepárense los de la orquesta. Los vamos a recibir con música.

CHICHILLO.— (A Chchocolulo). ¿Lo has visto al Curcuncho? Tiene que dirigir la orquesta.

CHCHOCOLULO.— No ché. No lo hemos visto en ninguna parte.

CHICHILLO.— ¡Caray, qué será del Curcuncho!

MALILO.— Vos no más, pues, dirige la orquesta.

CHICHILLO.— Ya está. (A los músicos). Bueno. Alistarse, ché. Reúnanse a este lado.

CHCHOCOLULO.— ¿Y, qué vamos a tocar primero?

CHICHILLO.— En cuanto yo dé la señal van a comenzar a tocar "Guayrurito". (A los otros muchachos). Y, los demás tienen que cantar.

MALILO.— (Mirando por puerta izquierda). Ya están viniendo, ché. ¡Viva el Achachi!

CHICHILLO.— (A todos). Listos, ya (se coloca al centro del grupo que forma la orquesta de armóni-

cas, y simulando una bafuta dá el compás con las manos).

ESCENA IX

Dichos y ACHACHI que entra cariñosamente rodeado de varios compañeros.

(Mientras éstos entran en escena se oye la pieza musical ejecutada por los muchachos que en sus actitudes demuestran gran complacencia por los recién llegados. La primera que corre a abrazar a Achachi es Guayruru con grandes muestras de alegría. Luego hace lo mismo con Chchapi. Los que no toman parte en la orquesta, aunque siguen cantando abrazan y rodean a Achachi con demostración de júbilo. Terminada la primera estrofa de la canción, a una señal de Chichillo calla la música).

CHCHOCOLULO.— ¡Viva el Achachi!

TODOS.— ¡Vivaaa!

CHCHOCOLULO.— ¡Viva la Guayruru!

TODOS.— ¡Vivaaa!

ACHACHI.— (Emocionado y alegre). ¡Muchas gracias, compañeros!

GUAYRURU.— (Mirándole con cariño). ¡Tan pálido que estás! Seguro que no has comido todos estos días.

ACHACHI.— ¡Eso que importa ya, ahora que estoy otra vez aquí. (Mirando a Guayruru con intenso cariño). Vos también estás pálida. ¿Has sufrido mucho?

GUAYRURU.— ¡Claro, pues! Acaso no iba a tener pena de vos?

ACHACHI.— (Pasándole cariñosamente el brazo por encima del hombro). Pero, ahora ya no nos vamos a separar. ¿No es cierto, Guayrurito?

GUAYRURU.— (Aproximándosele tiernamente). Sí. ¡Nunca más!

ESCENA X

Dichos y el **CHCHAPI**, que entra apresurado, pero con una radiante alegría en el rostro.

TODOS.— (Al ver entrar al Chchapi). ¡Bravo! ¡Viva el Chchapi!... ¡Vivaaa!

CHCHAPI.— ¡Gracias, queridos cumpas!

ACHACHI.— ¿Y, por qué te has atrasado vos?

CHCHAPI.— ¿Sabes? Me he quedado un rato en la Policía, porque me ha hecho llamar el Curcuncho.

CHICHILO.— ¿Acaso el Curcuncho está preso?

CHCHAPI.— Sí. Y, me ha llamado para darme un encargo para la Guayruru.

GUAYRURU.— ¿Para mí?

CHCHAPI.— Sí. Para vos. ¿Sabes? (se le aproxima y le dice unas palabras al oído que ella escucha con atenta y emocionada actitud).

GUAYRURU.— ¡No me digas! ¿Deveras?

CHCHAPI.— Sí. Así, igualito me ha dicho.

GUAYRURU.— (Con profunda compasión). ¡Pobrecito! ¡Pobre Curcuncho!...

(Todos expectan con curiosidad la actitud de Guayruru).

ACHACHI.— (A la Guayruru). ¿Qué te ha hecho decir el Curcuncho?

GUAYRURU.— (Con pena y rubor). ¡Ay, nó! ¡Pobrecito! ¡Me da mucha vergüenza!

CHCHAPI.— (Adelantándose al grupo). ¿Yo aviso?

TODOS.— Sí. sí. ¡Que avise!

CHCHAPI.— (Con solemnidad). Así me ha dicho el Curcuncho: "Dile a la Guayrurito que he cumplido lo que le he ofrecido. Que acabo de entregar al ladrón para que lo larguen al Achachi. Para que ella sea feliz. Y que lo único que he ganado es el beso que me ha dado. Lo demás ya no me importa". (Cambia el tono). Ahí está. Eso me ha dicho.

GUAYRURU.— ¿Y, quién había sido el ladrón?

CHCHAPI.— ¡El mismo Curcuncho!

TODOS.— (Con asombro). ¡No digas!...

CHCHAPI.— Sí. Por eso, pues, está preso. Y, díce que lo han de pasar a la cárcel.

ESCENA ULTIMA

Dichos y el JILUCHO, que entra por pueria izquierda.

JILUCHO.— (A todos). Buenas tardes. (A la Guayruru). Ché, Guayruru. Me ha mandado el Khacha Mocito para que le devuelvas el abrigo.

GUAYRURU.— (Se saca la prenda rápidamente). ¡Ah! Me había olvidado. Tomá. (Le ofrece el abrigo).

ACHACHI.— (Interviene, poniéndose entre la muchacha y el comisionado). ¡Ah, caramba! ¿Este abrigo te ha dado ese?

GUAYRURU.— Sí. Me ha dicho que me lo ponga para llevarme a su casa.

ACHACHI.— (Indignado). ¿Te quería llevar?

GUAYRURU.— Sí. Al último, casi a jalones me estaba obligando.

ACHACHI.— ¡Ahora me la va a pagar! ¡Con razón, pues, él había sido el que me ha denunciado a la Policía! (arrebataándole el abrigo a Jilucho). ¡Tray

ese abrigo! Y, dile al Khacha Mocito que si quiere, y si es hombre, que venga él mismo a llevarse el abrigo como se ha querido llevar a la Guayruru!

JILUCHO.— (Se retira atemorizado). Sí. Así le he de decir.

CHICHILO.— ¡Bien cascado! Y, ahora, para que se anime a entrar ese parador, seguiremos haciendo música. (Hace la correspondiente indicación a los de las armónicas, los cuales recomienzan la música de "Guayrurito" que corean los demás. Achachi y Guayruru, estrechamente abrazados, cantan la canción con mayor alegría, mientras va cayendo lentamente el

TELON FINAL

I N D I C E

Personajes	7
Acto Primero	9
Acto Segundo	41
Acto Tercero	75

La presente Tercera Edición de
"GUALAYCHOS", se terminó de
imprimir el día 20 de Agosto de
1976, en los Talleres de la Em-
presa Editora "URQUIZO S.A.",
en la ciudad de La Paz - Bolivia.